

ALFAGUARA INFANTIL

Bartolo y los enfermos mágicos

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns



Bartolo y los enfermos mágicos

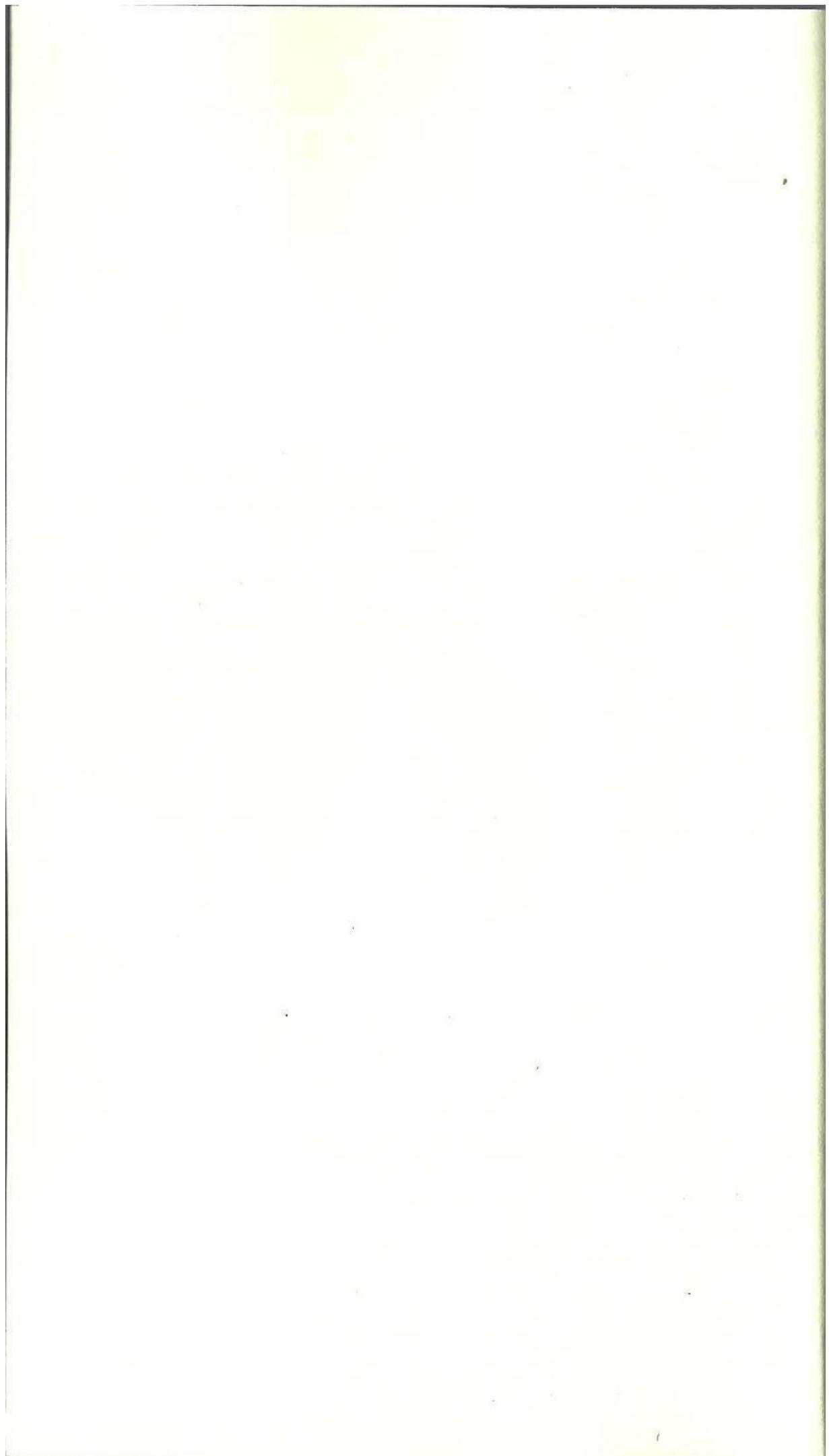
Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns

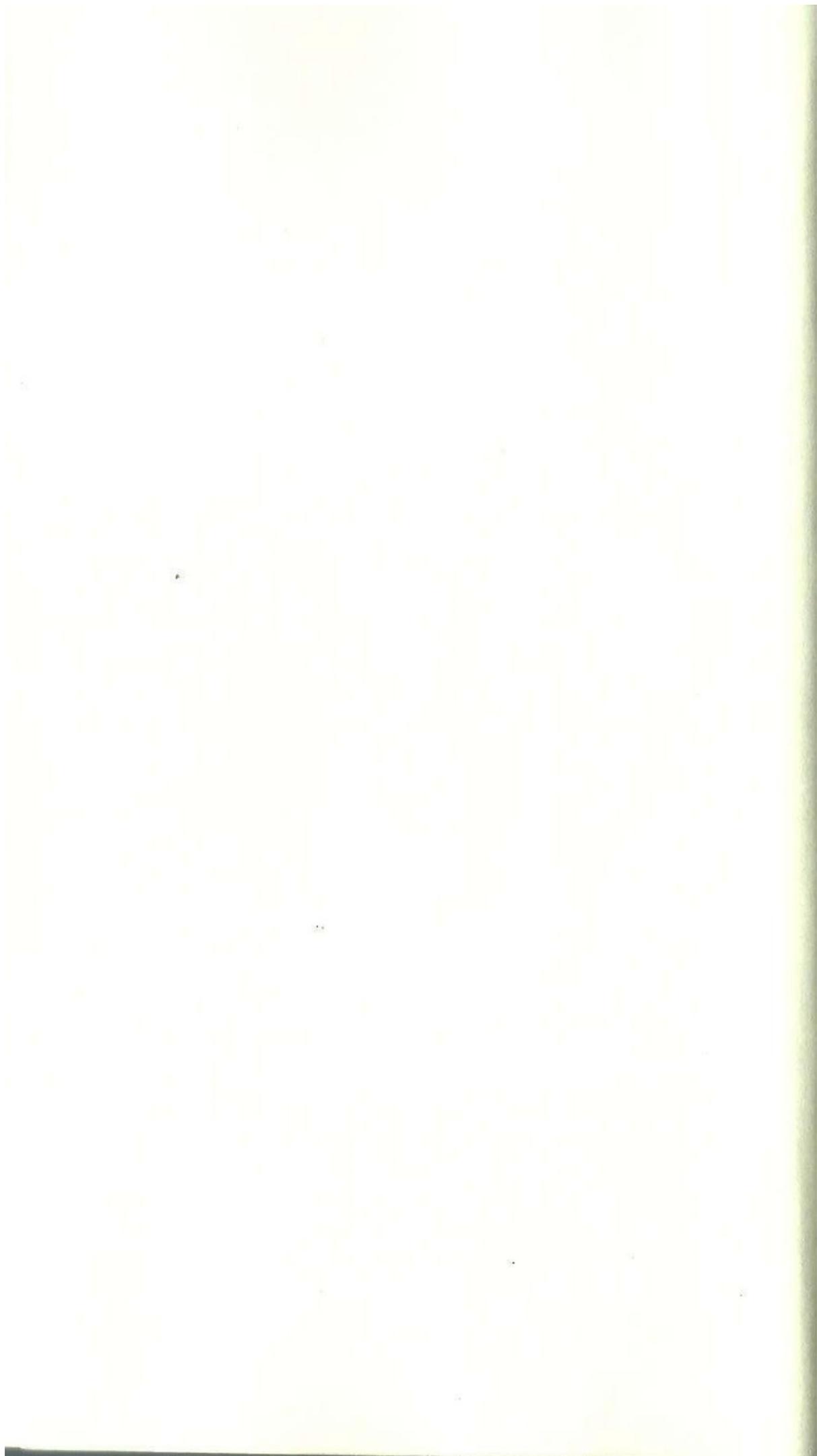


ALFAGUARA

INFANTIL

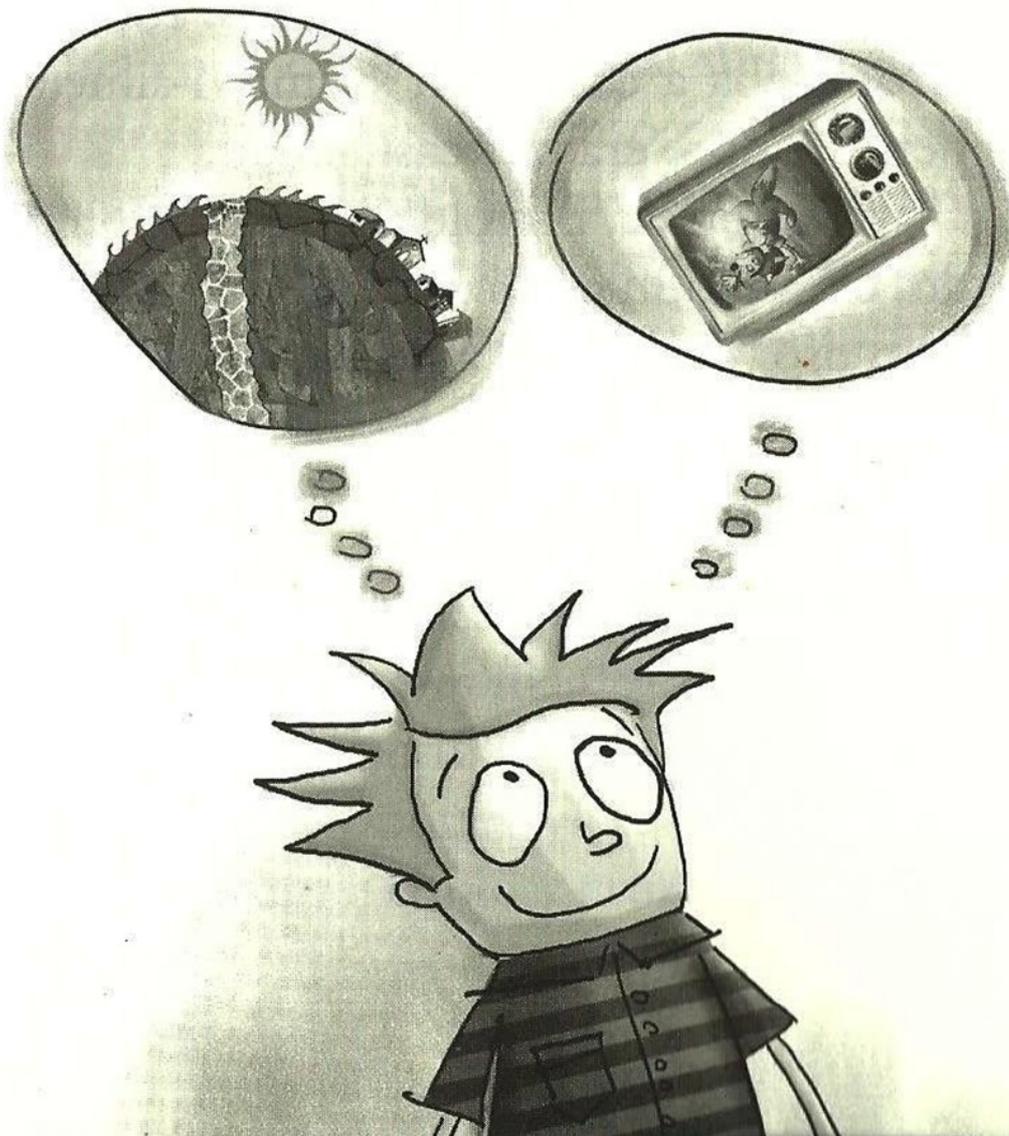


*Para nuestra hija Catalina.
Ahora estás haciendo tus recuerdos;
que sean espléndidos.*



Había muchas veces

Había una vez y otra vez, y otra vez más. En realidad había muchísimas veces, y en todas las veces estaba un niño llamado Bartolo.



Una de esas veces, la cama mágica de Bartolo salió volando y lo llevó hasta una ciudad secreta en la cordillera. Allí conoció a Sofía, una niña con una sonrisa que lo ponía contento y nervioso al mismo tiempo. También se hizo amigo de animales que hablaban. El puma Valentín hablaba poco y con voz ronca, el conejo Pascual hablaba más y decía cosas muy sabias, pero el que más hablaba era Oliverio, un zorro loco que decía tantas cosas juntas, que se le atropellaban las palabras, igual como él atropellaba a otros con su moto-silueta, pero siempre era por casualidad.

Otra vez, Bartolo conoció a Conrado, el milodón cachorro, que es parecido a un oso, pero es un animal prehistórico, aunque le encanta conectarse a Internet.

Esta vez... bueno, esta vez fue aún más explosiva que todas las otras veces juntas.



El misterio de la cama mágica



La noche después de la noche anterior, Bartolo no podía quedarse dormido porque tenía una gran pregunta en su mente. Una pregunta tan grande que casi no le cabía en la cabeza. ¿Por qué su cama era mágica y podía volar? Pensó y pensó hasta que casi se le agotaron los pensamientos, pero el último pensamiento fue justo el que andaba buscando. ¡Le preguntaría directamente a su cama!

Se puso de rodillas sobre ella y le suplicó:

—Querida cama, por favor, cuéntame, ¿por qué eres mágica?

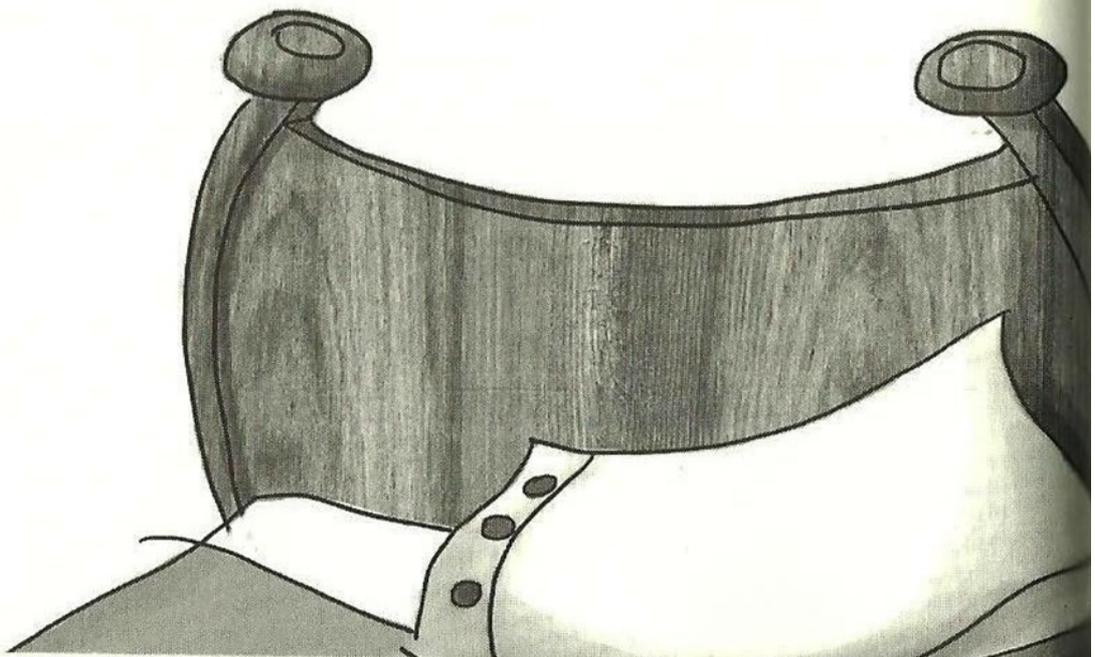
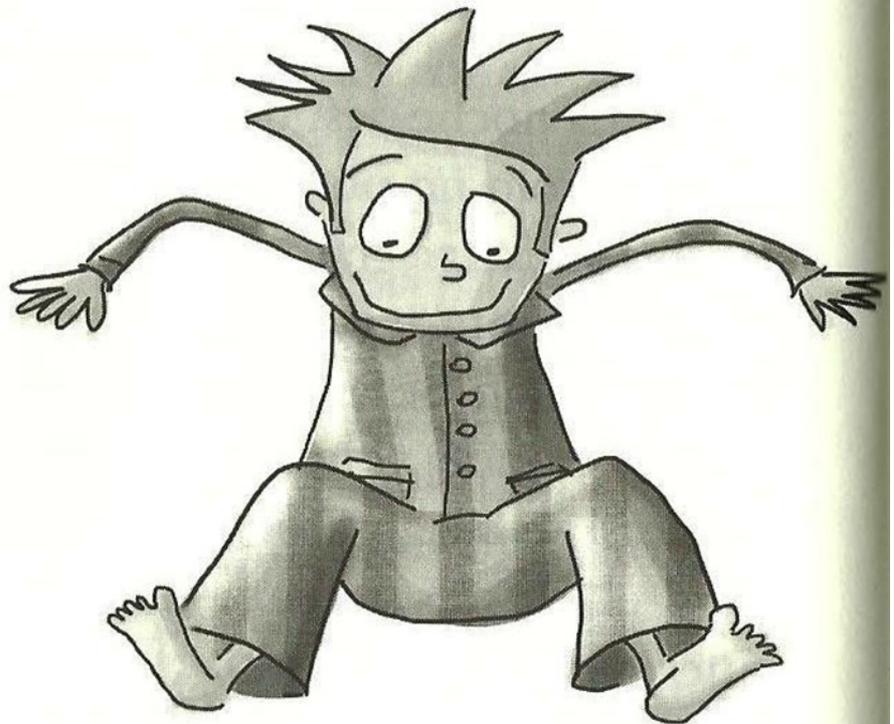
La cama crujió.

—No ronques, yo sé que estás despierta —dijo Bartolo y cruzó los brazos.

El colchón pareció hundirse, como si la cama quisiera esconderse de la pregunta.

—¿Por qué no quieres contestar? Tú sabes que yo nunca te haría nada malo.

El mueble se quedó inmóvil y en silencio.



Bartolo trató de descubrir la respuesta por sí mismo. Se bajó y la inspeccionó por todos lados. Se metió debajo de ella, saltó sobre el colchón, sacudió las sábanas y finalmente quedó agotado, apoyado sobre el respaldo de madera. ¡Eso, la madera! Recordó los árboles que conocía: palmera, pino, sauce, araucaria y otros como coigüe, mañío y alerce. ¿De qué madera mágica estaría hecha su cama? Decidió averiguarlo a toda costa. Le preguntó, uno a la vez, por todos los árboles que se le ocurrieron, pero ella siempre respondía que no, sacudiendo la almohada. Finalmente, Bartolo comprendió que no conseguiría nada con tantas preguntas; decidió dejarla tranquila y se tendió sobre ella.

—Está bien, querida cama, perdona por haberte interrogado.

La cama infló su colchón y luego se desinfló, aliviada. Bartolo también infló sus pulmones y luego botó el aire, un poco desilusionado.

—Buenas noches, que duermas bien —le dijo Bartolo a su cama.

La cama estiró sus patas y Bartolo también relajó sus piernas, preparándose para dormir. Pero en ese instante una idea lo iluminó, y eso que el dormitorio estaba totalmente oscuro. ¡La ciudad asombrosa! ¡Claro, obvio! La madera de su cama mágica debía de ser de alguno de los fabulosos árboles que crecían en la ciudad secreta en medio de las montañas. ¡Por eso lo había transportado hasta allá desde un principio! Lo había llevado a conocer su lugar de nacimiento y Bartolo no se había dado cuenta. Seguramente, ella quería juntarse con sus parientes, que debían ser sillas, mesas, roperos, escritorios para computador y todo tipo de muebles. Al parecer, la cama sabía más cosas de lo que parecía. Tal vez, ella misma había planeado que conociera a Sofía y a todos sus nuevos amigos animales.

Bartolo acomodó su almohada y se quedó dormido con una sonrisa. Estaba seguro de que al día siguiente descifraría este gran misterio.

Interrupción volcánica

—¡Sofía! ¡La madera, la cama, la ciudad asombrosa! ¿Qué haces aquí, en el colegio?

Ella lo miró con una sonrisa tierna, iluminada por el sol de la mañana.

—¡Hola Bartolo! ¡Tantas cosas! Tranquilo, tú sabes que me encanta venir a clases —dijo y se sonrojó antes de volver a hablar—. Bueno, y también vine porque te echaba de menos y quería verte —susurró nerviosa y desviando la vista—. Ven, sentémonos en esa banca y explícame con calma todo lo que me quieras contar —le dijo y le tomó las manos, mirándolo a los ojos. A Bartolo le saltó el corazón y se estremeció de felicidad, pero luego observó para todos lados por si alguien los estaba espiando.

—Debemos viajar a la ciudad que está escondida y es asombrosa y está en medio de la cordillera, pero donde no hay nieve, sino que hace calor y viven conejos y zorros que hablan —dijo Bartolo a toda velocidad.

—¡Ah! A Asombrilla —respondió Sofía.

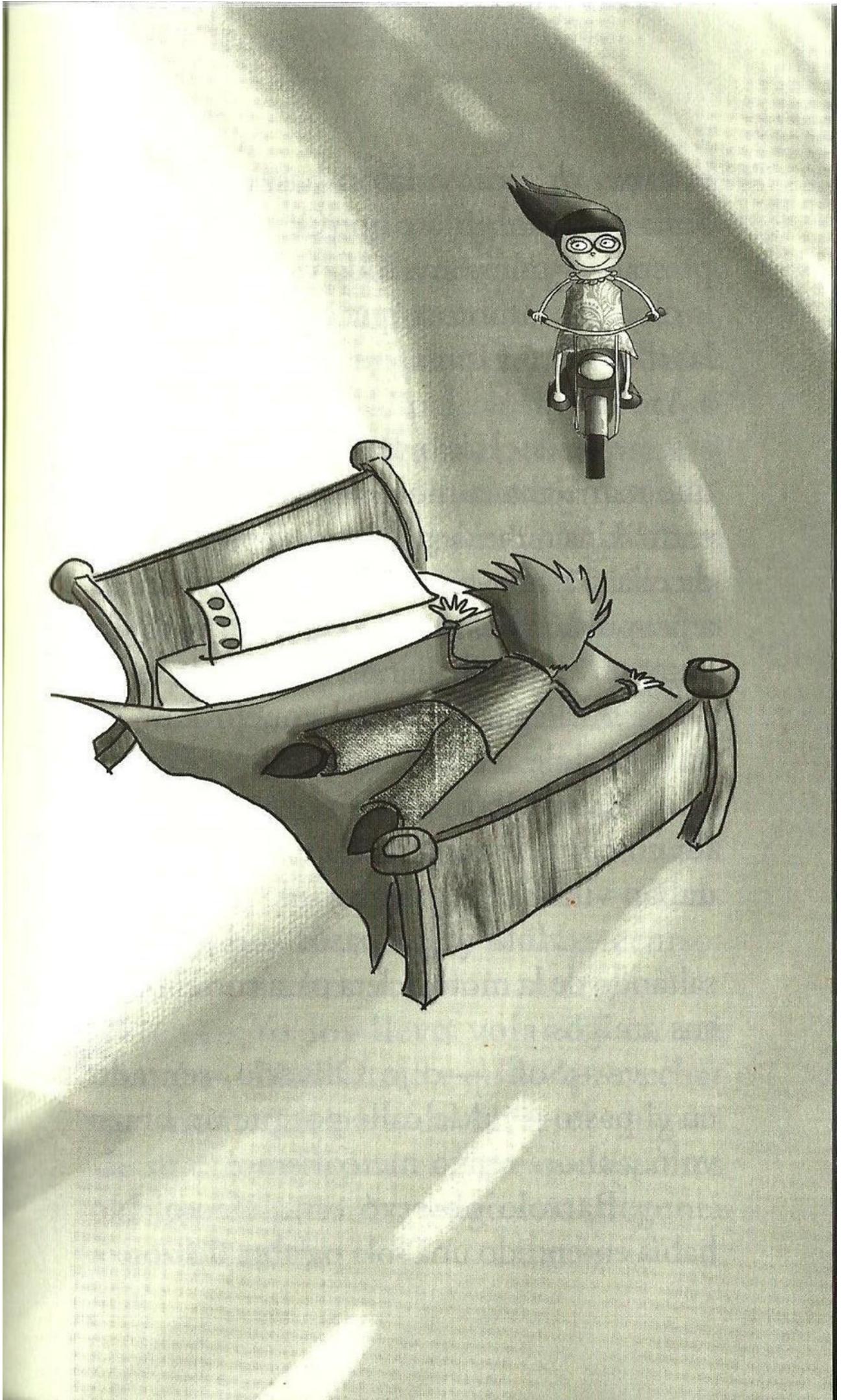
Bartolo abrió tanto los ojos que hasta sintió los párpados estirados como elásticos.

—¡Oh! ¿Así se llama?

—Sí —contestó Sofía, sorprendida—. La bautizaron así porque es asombrosa y es una maravilla.

—Qué ingenioso —meditó Bartolo mientras se acomodaba la mochila—. Y qué impresionante, todo este tiempo y no se me había ocurrido preguntar el nombre. Bueno, tenemos que ir urgente a Asombrilla para averiguar por qué mi cama es mágica.

Luego de estas impactantes declaraciones, corrieron a la casa de Bartolo a buscar



la cama mágica, volaron hasta la casa de Sofía a buscar la moto que Oliverio le había prestado y salieron a toda velocidad hacia la ciudad asombrosa que está en medio de las montañas y que... bueno, mejor dicho, a Asombrilla.

Desde el cielo, Bartolo miraba a Sofía que manejaba la motocicleta de su amigo zorro. Una nube de polvo se levantaba detrás de ella y avanzaba tan rápido que parecía a propulsión a chorro. La cama movió sus patas en el aire, bailando de felicidad.

Al llegar vieron al conejo Pascual arreglándole la cabeza a Oliverio, pero no porque estuviera loco, sino porque tenía un chichón, la lengua afuera y los ojos le daban vueltas.

—¡Hola! ¿Qué pasó? —dijo Sofía, saltando de la motocicleta para correr hacia sus amigos.

—¡Sofi! —dijo Oliverio, sentado en el pasto—. ¡Me callé porque un brazo voló y ahora tengo meteorismo!

Bartolo observó estupefacto. No había entendido una sola palabra del zorro.

—Sofía —susurró con la máxima delicadeza que pudo—, ¿me puedes traducir lo que dijo Oliverio?

Ella sonrió mientras se ponía de rodillas para hacerle cariño al zorro abollado.

—Lo que quiso decir es que le cayó = «quedé callado» volando una brasa = «brazo» de meteorito = «meteorismo».

Bartolo trató de ordenar las palabras de Oliverio para que tuvieran relación con las de Sofía, pero todavía le faltaba mucho para poder descifrar su particular lenguaje.

—He tratado de sanarlo con frutos de las plantas medicinales de nuestra ciudad: jarabe para la tos, píldoras, pomadas y hasta gotas para los ojos... pero nada funciona—les explicó Pascual—. Tendremos que usar nuestro último recurso: llevarlo a un hospital humano.

—¡Yo los llevo volando en mi cama! —dijo Bartolo y quiso aprovechar ese momento para devolver el enigma de su cama mágica. —Y ya que estamos hablando de camas, tengo una pregunta para ti Pascual.

El zorro se interpuso entre el niño y el conejo.

—¡Y yo tengo tres respuestas para ti, Bartolo! Esponja, cocodrilo y mundo.

—Oliverio —intervino Sofía—, primero dejemos que Bartolo haga su pregunta.

El animal peludo asintió y se sentó quieto.

—Estuve conversando con mi cama mágica —dijo el héroe infantil— y no logro descubrir por qué es capaz de elevarse, por eso vinimos hasta Asombrilla ¿Ustedes tienen árboles voladores?

Todos saltaron y exclamaron al mismo tiempo:

—¿¡Árboles qué!?

—Que vuelen —respondió Bartolo, sintiendo vergüenza—. Es que como en Asombrilla hay árboles tan especiales: de caramelos, de empanadas y hasta de remedios... Entonces, pensé que podía existir alguna especie que pudiera levitar, quizás aleteando con sus ramas, o algo así.

—¿Alguacil? —preguntó Oliverio.

—Eres un niño con mucha imaginación e ingenio —afirmó el conejo Pascual—, pero no (al menos en nuestra ciudad), de esos no hay.

—Y, por ejemplo, ¿sillas voladoras?

—Emm, no —respondió Pascual.

—¿Y armarios?

—Emm, tampoco.

—¿Y, digamos, pianos saltarines al menos?

—Debo contrastarte, querido Barba Zulu, que no, no y no —contrastó, mejor dicho, contestó, el zorro.

Entonces, en ese preciso momento, una piedra incandescente cayó a toda velocidad justo al lado de ellos y quedó enterrada en el suelo. Con el susto, Bartolo y Sofía se abrazaron instintivamente. Luego, vislumbraron algo que se acercaba desde lejos; era el puma Valentín que corría sobre sus cuatro patas. Al llegar, frenó ronceando y se puso de pie.

—¡Sofía, Bartolo, qué bueno que están aquí! —dijo respirando nervioso y

exhausto—. ¡Es una emergencia! Mi volcán se activó y está lanzando chispas.

—¿Lancetas de avispas? —preguntó Oliverio, que seguía sentado con su cototo en la cabeza.

El puma estaba tan preocupado que ni siquiera escuchó lo que dijo el zorro y siguió con su explicación.

—Mi volcán ya está lleno de lava, por eso no pude entrar por la caverna del lago Sinfondo.

—¿Entrar a verla del lado sinfónico? —preguntó Oliverio con el ceño fruncido—. Estás cada melodía más entregado a palabrear, don Boletín —lo que traducido sería algo como «estás cada día más enredado para hablar, don Valentín».

—Oliverio —le dijo Pascual—, escuchemos con atención, por favor; es importante, ¿sí?

—¡Zas-tamente! —saltó el zorro, con tanto entusiasmo que chocó su cabeza contra una rama del árbol medicinal. Cayeron unas cuantas jeringas, que por

suerte no pincharon a nadie. Con el golpe, el chichón se le inflamó aun más.

—Yo no entiendo muy bien —dijo Bartolo—. ¿Qué tiene que ver una cueva al fondo de tu lago con un volcán en erupción?

—Tienes razón —dijo el puma y se secó la transpiración de la frente—. Te explicaré. ¿Recuerdas por dónde sale el sol en la mañana?

Bartolo se sorprendió ante una pregunta tan fácil y pensó que ojalá las del colegio fueran así de simples.

—Claro que sí, por un gran cráter en medio de las montañas.

—Exacto —afirmó Valentín—. ¿Y por dónde se pone en la tarde?

—Por un remolino en medio del mar —contestó el niño, pensando que en un examen así obtendría la nota máxima.

—¿Y por dónde pasa durante la noche para volver a salir por las montañas?

Bartolo ya saltaba de felicidad, porque sabía la respuesta y pensaba que no solamente le pondrían la mejor nota,

sino que también le darían un diploma, un trofeo y muchas medallas.

—¡Por un gran túnel que atraviesa el centro de la tierra!

—¡Muy bien! —lo felicitó el puma—. ¿Y sabías que de ese gran túnel salen otras cuevas más pequeñas?

—Emmm... no —dijo Bartolo, pensando que ya no le darían trofeos ni medallas ni diplomas.

—¿Y sabías que esas cuevas llegan hasta la superficie de la tierra y son exactamente lo que llamamos volcanes?

—Emmm... tampoco —respondió, sintiendo sus mejillas ardiendo de vergüenza e imaginando que su calificación ya no sería precisamente la máxima.

El puma miró a Bartolo con compasión, y le hizo la siguiente pregunta lentamente y con afecto.

—¿Y sabías que, en nuestra ciudad, en el fondo del lago Sinfondo, hemos excavado pequeños agujeros por los que podemos llegar hasta los túneles de los volcanes?

—Menos —dijo el niño escolar, pensando en que su nota en esta prueba sería pésima y sumamente parecida a las que tenía en el colegio en realidad—. Pero, ¿esos hoyos los hicieron hace poco, cierto?

Valentín miró a Pascual, como pidiéndole ayuda para no avergonzar más a Bartolo con tantas preguntas. El conejo le explicó con paciencia.

—Tranquilo, Bartolo. Yo te enseñaré —le dijo, mientras Bartolo se sentaba encima de las raíces de un árbol de útiles escolares, para poner atención total—. Cada puma tiene asignado un volcán y es responsable de mantenerlo limpio, desde el cráter hasta el gran túnel principal, aquel que cruza el centro de la tierra y por donde pasa el sol.

—O sea, ¿que es como una cañería que deben mantener destapada?

—¡Exacto! —respondió el conejo.

—Y si se tapa, ¿la lava puede apretarse tanto hasta reventar y ahí es cuando hay una erupción volcánica? —dijo Bartolo, poniéndose de pie.

—¡Espléndido! —lo felicitó Valentín.
El niño humano se puso a saltar con euforia y frenesí.

—¡Yupi, yupi! —gritó—. ¡Soy el mejor alumno y ganaré trofeos, diplomas y medallas!

Valentín, Pascual, Sofía y Oliverio se quedaron mirándolo atónitos. Bartolo se calmó y trató de explicales su euforia y también su frenesí.

—Perdón, es que me emocioné.

—No te preocupes, comprendemos tu entusiasmo —le dijo Pascual—. También debes saber que el sol a veces se pone un poco inquieto y choca contra las paredes del gran túnel que atraviesa toda la tierra.

—Sí, se pone saltarín y tira chispas —aportó Oliverio, que ya estaba desesperado por decir algo.

—Precisamente —dijo el conejo y luego hizo una pausa antes de continuar—. A veces el sol choca contra las murallas internas de la gran caverna principal, entonces se le salen algunos pedazos, que

suben por los túneles de los volcanes y que pueden incluso salir disparados como grandes chorros desde los cráteres en la superficie.

—¡Y esa es una interrupción botánica! ¡Y se la alaban! —exclamó el zorro.

—Sí, esa es una erupción volcánica —aclaró Sofía—. Y sale la lava.

—Ahora mi volcán está activo —explicó el puma—. Ya no es posible entrar por la cueva del lago Sinfondo. ¡En cualquier momento puede hacer erupción!

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Bartolo con los ojos brillantes de angustia.

Pascual habló lentamente, pero con voz firme.

—Debemos ir por la entrada de emergencia —dijo con la mirada puesta en la lejanía y sus largas orejas inclinadas hacia atrás.

—¿Te refieres a entrar por el barro movedizo? —preguntó Valentín.

—Sí —respondió el conejo, ahora mirándolos a los ojos, uno por uno—.

Debemos viajar hasta la entrada de emergencia de barro movedizo que se encuentra en el gran bosque misterioso.

Pascual apenas alcanzó a terminar la oración, cuando divisaron otra piedra envuelta en fuego que caía directamente hacia la casa con forma de reloj de arena. Pascual saltó con desesperación.

—¡Conejuna! ¡Conejines! ¡Salgan de la casa!

Los conejitos se deslizaron tan rápido como pudieron desde el segundo piso, pasando por el agujero, como si ellos mismos fueran granos de arena. Luego, la familia completa emergió. Pascual abrazó a su señora y todos los ayudaron.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene! —gritó Valentín y se lanzó para agarrarlos con sus zarpas y salvarlos del peligro.

La centella atravesó el vidrio y rompió la casa en mil pedazos. La explosión causó un enorme estruendo. Entonces, cayó una lluvia de cristales rotos, pero todos alcanzaron a resguardarse detrás de

los árboles de caramelos, frutas, juguetes y útiles escolares.

Luego del estallido, el conejo papá se abalanzó sobre sus hijos con el corazón retumbando. Se preocupó de revisarlos desde la cola hasta las orejas, uno por uno, y luego tomó por la cintura a su querida señora coneja. Entonces, miró los restos de su casa destruida y, haciendo fuerza, se puso de pie. El viento de la montaña secaba sus ojos llenos de lágrimas. Con la voz temblorosa y la respiración todavía agitada, les habló a sus amigos.

—No tenemos tiempo que perder. Ahora más que nunca debemos ir al bosque misterioso —dijo y estiró su brazo indicando el horizonte—. ¡Debemos salvar al mundo!

—¿Y mi chichón? —preguntó Oliverio desde el suelo—. Con el porrazo con revuelta de carnicero quedé más inflamable.

Sofía le susurró a Bartolo al oído.

—Quiere decir que con el porrazo con vuelta de carnero quedó más inflamado.

Pascual miró a Oliverio, sonrió y volvió a señalar el cielo con su dedo.

—Tienes toda la razón —dijo asintiendo—. ¡Primero a llevar a Oliverio al hospital y después al bosque misterioso para salvar al mundo!

—Así, sí —afirmó el zorro—. ¡Para asaltar al inmundo!



El hospital de Lucía



Sofía, Valentín, Pascual, Oliverio y Bartolo montaron en la cama mágica y se elevaron sobre Asombrilla, aquella ciudad asombrosa que es una maravilla. Bartolo ya controlaba su mueble como un experto. Hizo que retrocediera para tomar vuelo y entonces aceleró a máxima potencia, hasta llegar al hospital de la gran ciudad humana. Se quedaron suspendidos frente a una de las ventanas. Ya era de noche y una brisa tibia recorría las calles.

—Pascual —dijo Sofía—, tenemos un problema, porque Oliverio es zorro, y las personas no están acostumbradas a los animales que hablan. Tal vez debiéramos llevarlo a un veterinario y que se quede en silencio mientras lo atienden.

—¿Oliverio, quedarse callado? —

dijo el conejo, sonriendo—. Eso es totalmente imposible. Pero no te preocupes, yo conozco a alguien muy especial que sabe todo acerca de nosotros y de nuestros pueblos secretos.

—Sí —intervino Oliverio—, son pueblos originarios, originales e imaginarios, con todo extraordinario, étnico, escultural y de las minorías de la diversidad.

Todos miraron al zorro sin comprender su ironía.

—¿Alguien humano? —preguntó Bartolo con los pelos de punta, aunque en realidad siempre tenía los pelos de punta.

—Precisamente —respondió Pascual—; de hecho, ¡ahí la veo! —exclamó, mirando a través de la ventana—. ¡Es Lucy!

Dejaron estacionada la cama y saltaron uno a uno por la ventana del hospital. Entraron sigilosamente para no despertar a los demás niños que dormían en la misma sala.

—¿Puedes quedarte flotando aquí? —le preguntó Bartolo a su mueble mágico. La cama respondió que sí—. ¿Te da miedo

la oscuridad? —La cama se sacudió para decir que no. Bartolo pensó un momento y se dio cuenta de que en realidad no había de qué preocuparse, ya que las camas están acostumbradas a funcionar de noche—. Nosotros volvemos lo antes posible —le explicó para finalizar.

Nuestros audaces héroes se acercaron gateando lentamente hasta donde estaba su amiga acostada. Desde el suelo, Bartolo se fijó que las camas eran similares a la suya.

—Lucy —musitó Pascual, pero la niña paciente no lo alcanzó a oír—. Lucy, Lucía, ¡aquí!

Ella se dio vuelta sobre el colchón de espuma y se le iluminó la cara de felicidad al verlos.

—¡Pascual! ¡Qué alegría tan grande verlos! ¡Valentín, Oliverio! —exclamó, haciendo sonar sus pulmones al tomar aliento.

—Nosotros también estamos alérgicos de verte, paciente niña Dulci —agregó Oliverio.

Valentín se levantó y le tomó la mano.

—¿Cómo te has sentido? —le preguntó el puma, acariciándole el pelo, que era de color castaño y se veía muy brillante y suave.

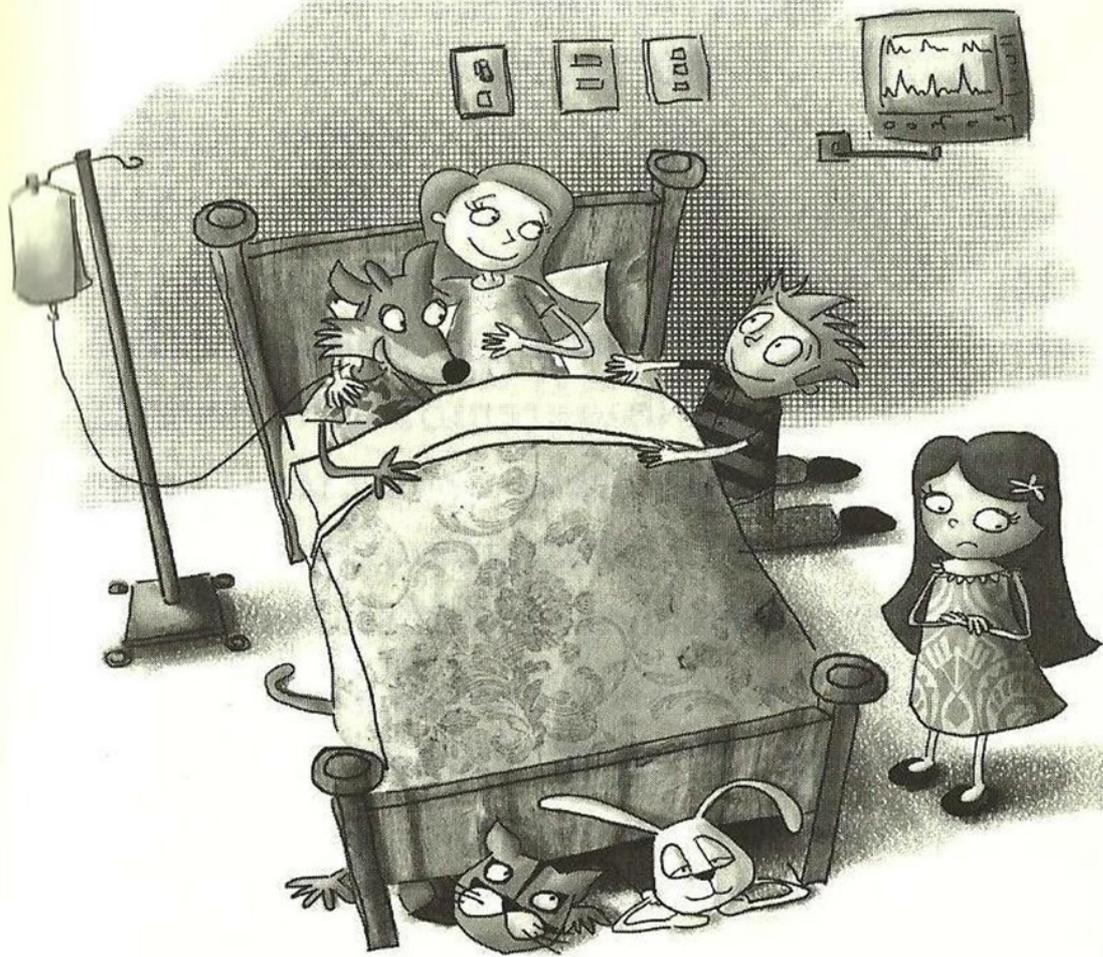
—Bien —respondió Lucía con una sonrisa tan linda que impresionó a Bartolo, sin darse cuenta de que Sofía lo observaba—. A veces tengo dolor, pero los doctores dijeron que la terapia avanza mejor.

—¿Qué enfermedad tienes? —le preguntó Bartolo, tratando de ser muy educado.

—Son varias —contestó ella y luego se puso un cojín en la espalda, para acomodarse en la cama—. En realidad son muchísimas, pero no quiero quejarme. Hay tantas personas que me quieren y además los doctores y las enfermeras me tratan con mucho cariño —dijo, mirando a Bartolo con ojos llenos de ternura—. Pero cuéntame, ¿cómo te llamas?

—Bartolo... —respondió el protagonista, embelesado.

—Y yo Sofía —irrumpió, un poco seria. Luego, bajó la mirada e incluso apretó



los labios—. Yo me llamo Sofía; qué gusto conocerte, Lucía.

—¡Sofía, Lucía, sus pronombres riman a todo ritmo! —exclamó Oliverio, bailando.

Lucía miró a Sofía, luego miró a Bartolo y volvió a mirar a Sofía. Se dibujó en su cara una sonrisa de afecto sano.

—Qué gusto conocerlos a ustedes dos. Pero cuéntenme, ¿por qué están aquí? ¿Puedo ayudarlos en algo?

—Sí —dijo Pascual y se sentó sobre el colchón—. Necesitamos arreglarle la cabeza a Oliverio, pero no queremos que los humanos se asusten porque somos animales que podemos hablar.

Entonces, Oliverio se abalanzó sobre ella y le mostró su chichón, poniendo la cabeza a un centímetro de la nariz de Lucía.

—¡Mira, niña Lucila Godoy Alca-yaga! ¡Tengo un chichón del porte de un premio Nobel!

—Comprendo —respondió Lucy y dio otro vistazo a Sofía, que la miraba fijamente con su cara sonriente, pero

sus ojos nerviosos. Luego, les habló a todos—. Aquí en el hospital hay una doctora en quien confío totalmente. Ella nos puede ayudar.

—¡Flan-tástico! —gritó Oliverio, tan fuerte que casi los descubren los otros niños. Después, habló más despacio—. Supersónico, superdotado y supermercado —agregó y se quedó pensando—. Niña Luz de Día, ya que me van a regular la cabeza, ¿me podrían enderezar la boca y la lengua? Es que se me desenredan las floraciones.

—Pero mi zorrillo regalón —intervino Sofía—. Si a todos nos encantan tus oraciones, o floraciones, o como las quieras llamar. Es lo que te hace tan especial.

—Por supuesto —añadió Valentín—. Hasta a mí me gustan tus palabras extrañas, y eso que soy un puma gruñón.

—¿Gruñón? —le preguntó Bartolo.

—Sí, porque gruño, como todos los pumas.

—Gracias, Lucía —dijo Pascual—. Nosotros nos esconderemos debajo de la

cama mientras la doctora sana a Oliverio. Después nos tenemos que ir volando a toda velocidad, porque debemos llegar al bosque misterioso cuanto antes, para salvar al mundo.

—¿Salvar al mundo? —preguntó asustada Lucy, y se enderezó sobre su cama—. ¿Qué es lo que ocurre?

El zorro la tomó de la mano. Trató de hablarle muy seriamente, como lo hacía Pascual en estas situaciones.

—Querida niña Frunci, el sol fa mi re do está un poco saltarín y se le descascaran unos pedacitos y esos pescaditos de fuego quieren salir revoloteando por el volcán de Valentán y hacer ¡plaaan!

—Así es. El volcán de Valentín entró en actividad máxima y puede hacer erupción en cualquier momento —aclaró Pascual.

Entonces, Bartolo se acercó a Lucía. Sofía se quedó inmóvil, pero su respiración era rápida.

—Lucy —dijo el niño con delicadeza—. Hay algo más que me gustaría preguntarte.

El corazón de Sofía se aceleró aún más y sus ojos se pusieron brillantes.

—Por supuesto —respondió la linda niña enferma—. Estaré feliz de ayudarte en lo que quieras.

—Es que yo tengo una cama muy parecida a la tuya. No sé si la tuya es mágica, pero la mía sí, lo cual es muy bueno porque vuela, aunque de repente se pone veleidosa; es decir, que algunas veces me hace caso y otras veces no, pero es muy buena gente, mejor dicho, muy buena cama.

—Creo que comprendo —dijo Lucy, sonriendo nuevamente de una forma que hizo que Bartolo la mirara como si estuviera hipnotizado—. ¿Cómo te puedo ayudar?

Sofía cruzó los brazos y pensó en dejarlos a solas. Alcanzó a girar levemente, cuando Bartolo se dio cuenta volvió en sí y habló con voz pausada.

—Lucía, el punto es que he tratado de descubrir cuál es la razón de la magia de mi cama. Se me ocurrió que podía ser el material del que está hecha, pero al

parecer no tiene nada que ver. ¿Tú tienes alguna idea?

—La verdad, Bartolo, es que yo he estado mucho tiempo en cama —respondió ella—, pero nunca se ha elevado ni un solo centímetro. Lamento no poder ayudarte en eso.

Bartolo la miró nuevamente, suspiró, le dio las gracias y luego se escondió con todos debajo de la cama. Todos menos Oliverio y Lucy, obviamente. La frágil niña tomó un cable que colgaba al lado de su cama y presionó un botón para llamar a la doctora. Pronto se escuchó el suave batir de la puerta al abrirse. La sombra de la médica se extendía por el suelo casi hasta llegar donde los paladines se ocultaban.

Durante el tiempo que la doctora atendió al zorro, Sofía quiso hablarle a Bartolo, pero no se atrevió. Solamente le susurró algunas cosas al oído a Pascual y otras a Valentín. El niño, embrollado, hizo un largo resoplido, sin saber qué hacer. Entonces, vieron las zapatillas blancas de la doctora alejándose.

—¡Listo! —les avisó Lucía—. ¡Ya pueden salir!

Oliverio tenía un parche sobre su cototo. Estaba sanado.

—¡Estoy sonado y salvaje! —exclamó con los brazos hacia arriba, queriendo decir que estaba sano y salvo. Luego, le habló a Sofía, pero sin bajar los brazos—. Sofi, ¿me das permiso para ser amigo de la niña que se llama Celosía?

—Por supuesto que sí —respondió la niña y luego habló mirando a Bartolo—. Incluso ella puede ser tu nueva favorita, si quieres —dijo resignada y con desilusión.

La cara de Bartolo se puso roja. Oliverio dejó caer sus brazos.

—¡Sofi! ¡Tú siempre serás mi favorecida, mi fascinación y hasta mi farmacia!

Bartolo quería desaparecer, pero no le resultó. Al parecer, ese truco le era imposible.

—No podemos perder tiempo —urgió Pascual—. Recuerden que debemos viajar hasta el bosque misterioso. ¡Vamos, pronto!

Agradecieron a la encantadora niña enferma y luego saltaron por la ventana, para caer encima de la cama mágica, que los estaba esperando pacientemente.

—¡A la una, a las dos y a las...! — animó Bartolo a todos para la partida, pero Sofía permaneció triste mirando al frente.

—¿Triste? —preguntó Oliverio.

—No, no —dijo Valentín, apurado—. Después del dos, el número que viene es tres.

—¡Estrés! —gritó el zorro.

La cama comprendió la situación y despegó hacia el cielo estrellado.





La velocidad del rayo



A medida que la cama voladora ascendía, Sofía se quedó observando el hospital. Miraba las ventanas y pensaba en tantos niños enfermos. Lucía era uno de ellos. Sofía habría pensado que una niña con tantas enfermedades estaría siempre triste, pero Lucy se veía ¡tan feliz! El viento movía su pelo. Pensó en Bartolo, y se dio cuenta de que estaba bien que tuviera otras amigas, pero también quería que se fijara en ella más que en ninguna otra niña. Se sintió avergonzada de sus celos y sus mejillas se sonrojaron, pero esta vez nadie la vio, porque todos estaban mirando hacia adelante, aferrados a la cama mágica de Bartolo.

—¿Hacia dónde debo manejar? —le preguntó el niño al conejo.

—Me cuesta recordar —respondió Pascual, lleno de dudas—. El camino es difícil y complicado.

En ese momento, un pequeño rayo de luz iluminó la tierra justo delante de ellos, como una linterna alumbrando desde una nube muy oscura que estaba más arriba incluso que la cama voladora.

—¿Qué será eso? —preguntó Valentín, indicando con una de sus garras.

Bartolo se quedó pensando y luego habló pausadamente.

—Esta luz me parece conocida y también esa nube azul.

Entonces, una música se oyó a la distancia, y se fue haciendo cada vez más fuerte a medida que el rayo se hacía cada vez más intenso.

—¡Oh! —saltó Oliverio y se puso a bailar—. ¡Qué canción tan rockera y croquera! ¡Me dan ganas de estar en una fiesta y tener animación y estar animoso y ser un animal!

—Ya eres un animal —le recordó Pascual.

—¡Es verdad! —exclamó el zorro—. ¡Zas-tamente, justo lo que quería!

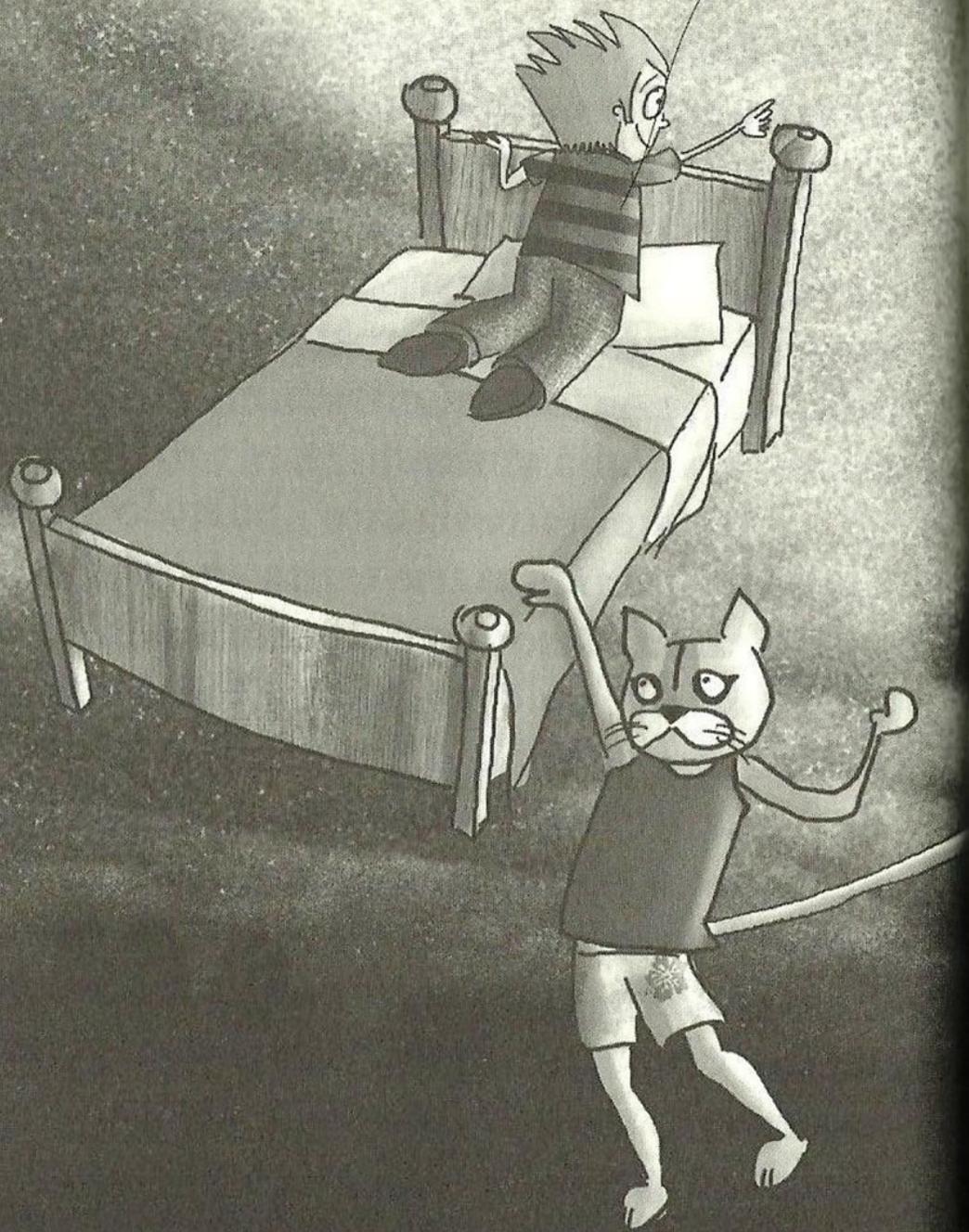
Bartolo escuchó la música, miró la nube, miró el rayo de luz y sus ojos se abrieron como ampolleta.

—¡Ya sé! ¡Esta luz guiará nuestro camino! —le dijo a su tripulación y luego apretó con sus manos la madera de la cama—. ¡Afírmense bien! ¡Bosque misterioso, allá vamos!

Con el entusiasmo, Bartolo hizo que su cama tomara tanta velocidad, que Valentín se cayó, pero alcanzó a aferrarse del colchón. Sofía también se cayó, pero logró a afirmarse de la cola de Valentín. Inclusive Pascual se cayó, pero pudo sostenerse de los tobillos de Sofía. Y Oliverio, bueno, Oliverio también se cayó, pero se agarró muy fuerte de las orejas de Pascual. Así formaron una larga fila que flameaba detrás de la nave voladora.

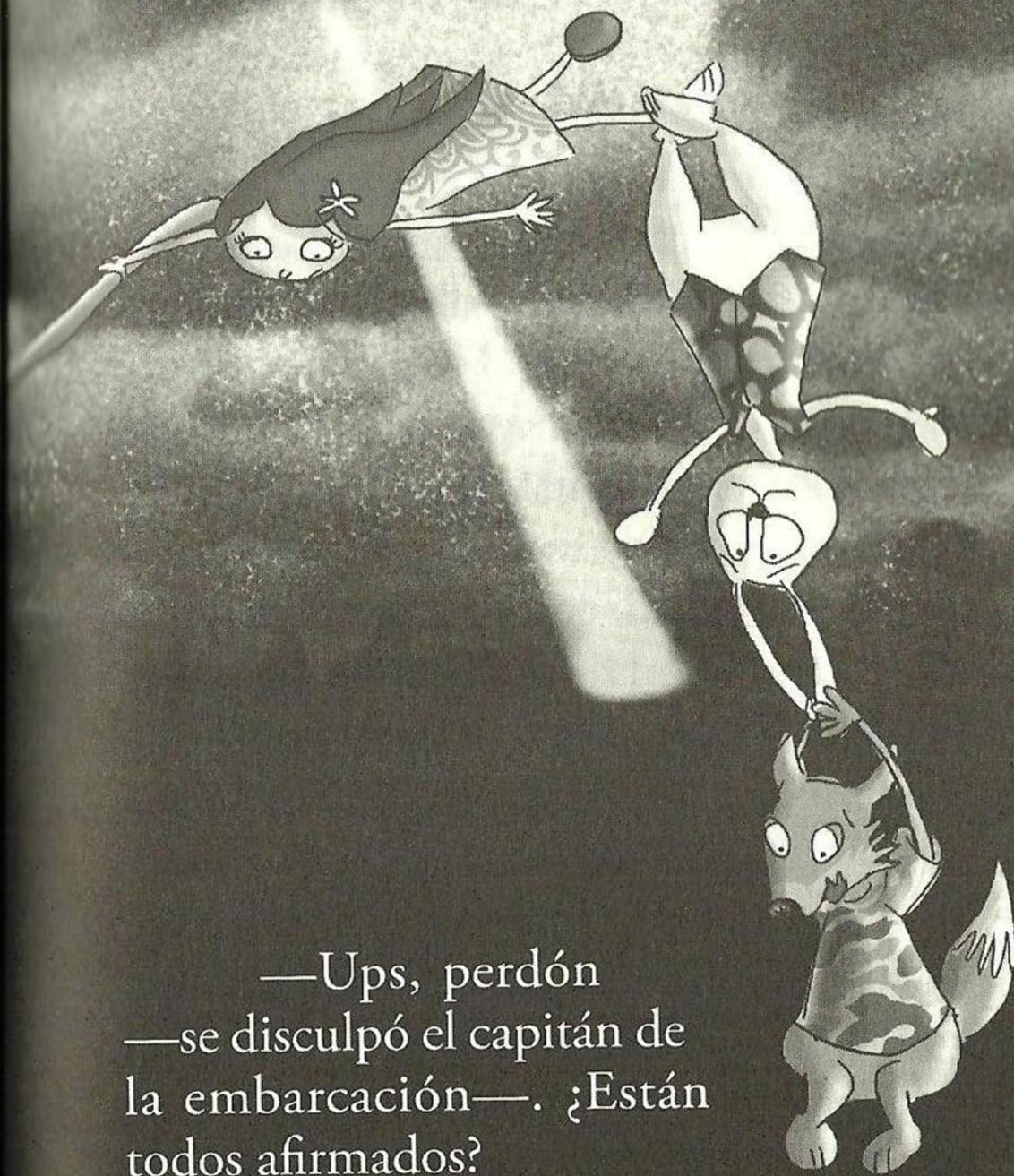
—¡Bartolo, frena! —gritó Valentín.

El niño se dio cuenta del accidente que por poco había sucedido y paró en seco. Así, el puma, la niña, el conejo y el puma salieron disparados hacia todas partes. Bartolo maniobró a máxima velocidad y con toda precisión para atajarlos



uno por uno, hasta que quedaron todos sentados nuevamente sobre la cama.

La música se apagó y el haz de luz se quedó quieto frente a ellos.



—Ups, perdón
—se disculpó el capitán de
la embarcación—. ¿Están
todos afirmados?

—Ahora sí —respondió Pascual, desenrollándose las orejas, porque Oliverio se las había dejado hechas una trenza.

Entonces, la música empezó a escucharse más fuerte lentamente, lo mismo que la velocidad del rayo. Bartolo tuvo cuidado de acelerar con precaución. Oliverio le habló a Sofía al oído.

—Este niño Bartolo me cae muy bien, aunque casi me caí y di bote en el suelo desde este bote volador, o sea que habría sido un re-bote. Me parece que con su frenesí estaba fuera de sí.

Sofía lo abrazó y se rió. Luego, miró a Bartolo con una sonrisa y finalmente se quedó pensando, con sus ojos puestos en el horizonte.

■ Viaje al centro del volcán ■

Yendo tras la huella del rayo brillante, Bartolo pensó en el sol, aquella bella estrella que llegaba al torbellino en el mar, la entrada del maravilloso túnel que atravesaba millas y millas de relleno terrestre, desde allí hasta allá.

También pensó en la letra elle, pero no supo por qué.

—Pascual —le habló al conejo—, tengo una duda. Comprendo que la erupción de un volcán es algo muy peligroso, pero no entiendo por qué dijiste que debíamos salvar al mundo. Un solo volcán no destruye el planeta entero.

Pascual le respondió fuerte y cerca de la oreja, porque el viento obligaba a hablar casi gritando.

—Tienes toda la razón, un volcán

solo hace mucho daño, pero no explota el mundo. El problema es que el sol ahora está tan activo, que el volcán de Valentín es solamente el primero. Con tanta lava apretada en el centro de la tierra, pronto ocurrirá que todos hagan erupción al mismo tiempo.

El rostro del niño se desencajó de espanto y apenas se atrevió a formular la siguiente pregunta.

—Entonces... ¿qué pasaría con nuestro planeta si todos los volcanes estallaran al mismo tiempo?

El conejo puso su mano sobre el hombro de Bartolo y habló lentamente y muy serio.

—El mundo se reventaría como una gigantesca bomba atómica.

—¡Oh, no! —alcanzó a exclamar y sintió que se desvanecía.

La cama también se desmayó, por lo que tuvieron un brusco descenso.

—¡Bartolo, Bartolo, despierta! —lo zamarreó Sofía.

El niño volvió en sí y remeció a la cama para que también despertara. Juntos

consiguieron a doblar apenas antes de chocar contra el suelo. La música que venía del cielo era como de película de terror. Cuando lograron nivelarse, Valentín dio el importante aviso.

—¡Ahí está! ¡El bosque misterioso!

El rayo de luz apuntaba directamente hacia un magnífico bosque, lleno de árboles. Es verdad que todos los bosques están llenos de árboles, pero estos estos eran enormes y de muchas especies diferentes. Bartolo reconoció alerces, coigües, mañíos y hasta vió a una comadreja trompuda sentada en la punta de una araucaria.

Descendieron con suavidad y aterrizaron en un pequeño claro de pasto verde oscuro.

—¿Y ahora queque? —preguntó Oliverio al bajarse de la cama.

—Ahora debemos buscar por doquier —dijo el puma y dio un salto para adentrarse en la espesura del follaje.

—Sofita, ¿dónde queda Doquier?

Sofía sonrió y le hizo cariño detrás de las orejas al zorro.

—Lo que quiere decir Valentín es que debemos tratar de buscar por todos lados.

—¡Zas-tamente! —dijo Oliverio y giró para hablarle a su feroz amigo, del que solamente se veía la cola entre las ramas—. Tío Valentín, lo que debemos hacer es correr a tragar helado. ¡Yo quiero uno de cocholate!

Pascual, Sofía, Oliverio y Bartolo siguieron al puma y penetraron en la floresta. La cama se quedó esperando, porque no podía pasar por la maraña.

La noche era oscura y el camino estaba tenuemente iluminado por el rayo que venía desde la nube azul. Con tantos árboles inmensos, la luz a veces se perdía y luego volvía a alumbrar la ruta hacia la entrada secreta. La música era muy misteriosa, tanto como el bosque misterioso. En el momento culminante, la música fue apoteósica y la luz resplandeciente.

—¡Ahí está! —gritó Bartolo, saltando de emoción—. ¡Hemos llegado! La fantástica entrada secreta al túnel es... es... ¿barro? —preguntó y miró a sus amigos

atónito, desilusionado y hasta abigarrado, que no tenía idea lo que significaba, pero así se sentía.

El niño, decepcionado, caminó con los brazos sobre su pelo pinchudo, luego se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza. Las rodillas le tiritaban, pero siguió avanzando hacia la mancha de barro sin mirar.

—¡Cuidado, Bartolo! —exclamó Pascual y dio un salto volador para abrazarlo por la cintura y caer lejos, justo antes de que pisara el fango.

—¡Pascual! ¿Qué ocurre? —preguntó impactado.

El conejo respiró aliviado.

—Bartolo, esa no es una mancha de barro común y corriente. Es barro movedizo. Si lo pisas, te hundes hasta el centro de la tierra.

—¡Qué miedo! Pero entonces, ¿cómo podremos entrar?

—Nosotros no entraremos —le explicó Pascual—. Solamente Valentín tiene la técnica y la destreza.



El puma se preparaba para su proeza, doblando las rodillas, levantando los brazos, estirando los bigotes y haciendo girar su cola.

—Valentín, ten mucho cuidado, por favor —le dijo Sofía y lo abrazó con fuerza.

El puma se agachó para mirarla a los ojos.



—Tranquila, tendré máxima precaución. Limpiaré el túnel de mi volcán y destaparé la gran caverna, para que el sol no se tranque y así no se produzca un cataclismo mundial. Mañana volveré y estará todo impecable. Nosotros los pumas tenemos mucha fuerza. Confía en mí.

—Por supuesto que confío en ti
—dijo la niña y limpió sus lágrimas.

Entonces, Valentín se paró justo enfrente del barro movedizo, que estaba iluminado por la luz que venía del cielo. Abrió los brazos y cerró los ojos, como un nadador a punto de hacer un clavado. La música que venía de la nube azul en el cielo era olímpica. En ese momento el puma se dejó caer, pero no cabeza abajo, sino que con todo su cuerpo sobre el barro, que se amoldó a su figura fortachona. Sus amigos observaron impresionados cómo su héroe se hundía lentamente, hasta desaparecer por completo bajo la tierra húmeda.

Oliverio se asomó para comprobar que no quedaba rastro del valiente puma.

—Parece que don Violín se quiso tragar entero el helado gigante de chocolate, pero al final el chocolate se lo tragó a él.

Los demás sonrieron y comenzaron a buscar ramas secas para hacer una fogata. Bartolo le habló al conejo de manera discreta.

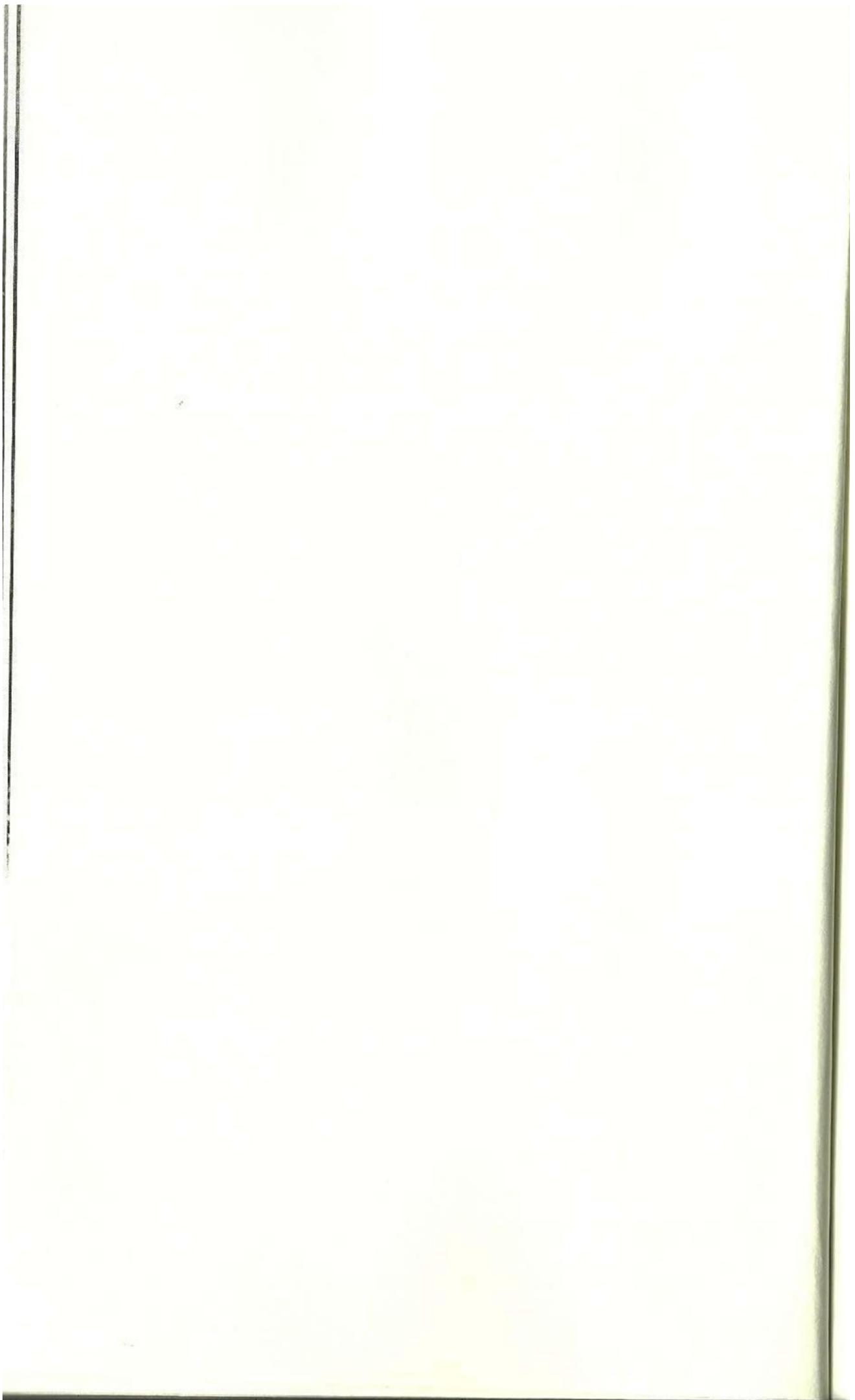
—Pascual, yo confío en Valentín, pero tengo susto.

—Yo también tengo miedo —le respondió casi en un susurro—. Es cierto que los pumas tienen mucha fuerza, pero la fuerza de la naturaleza es extraordinaria. Debemos tener fe.

Bartolo se percató de que la noche se hacía más oscura. La música ambiental era solemne.

—Es verdad. Fe y esperanza —le dijo a Pascual.

—Así es; fe y esperanza, Bartolo —le respondió el conejo, con una pequeña sonrisa, pero con los ojos angustiados y las orejas temblorosas.





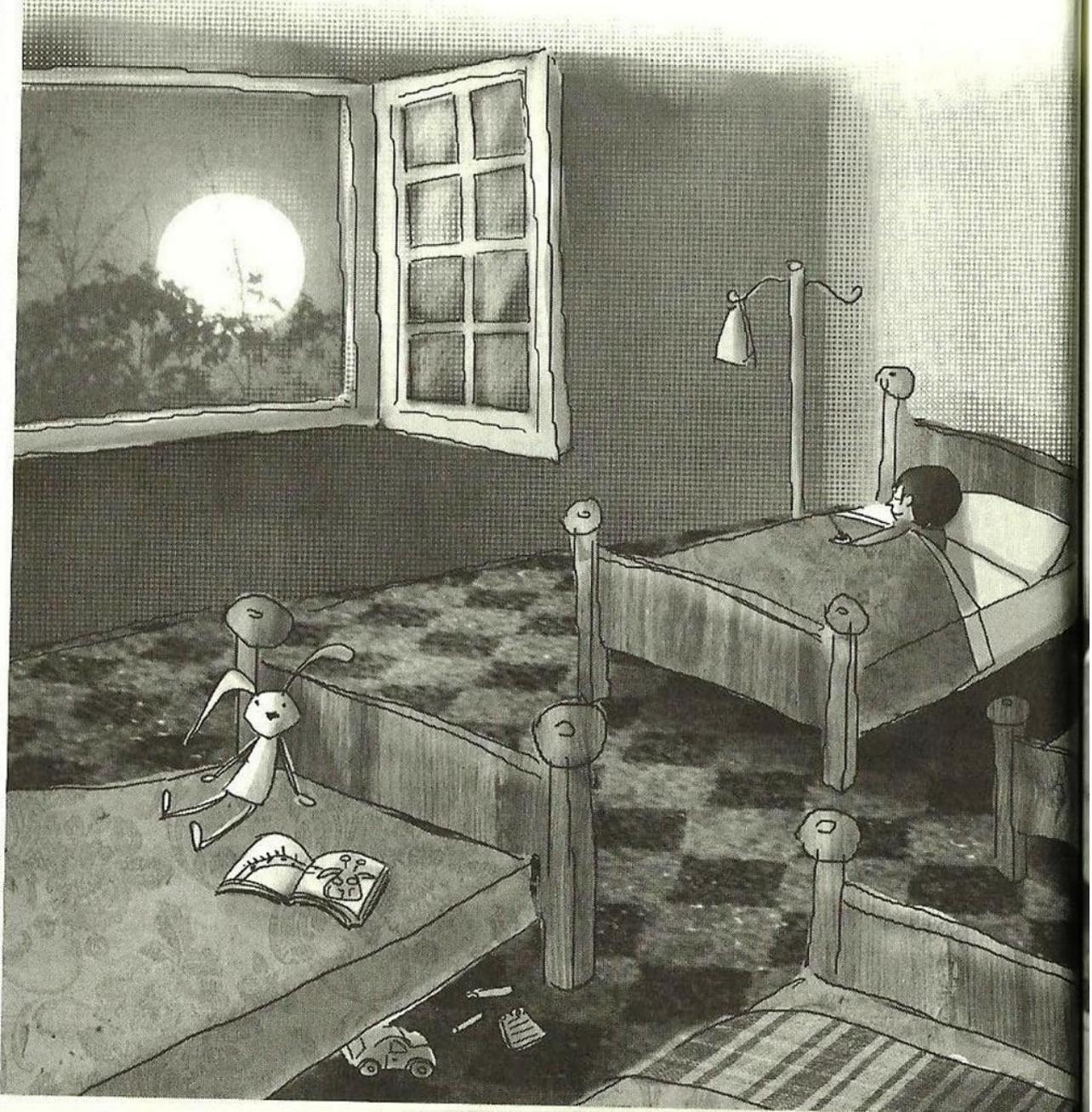
Soñar es poder



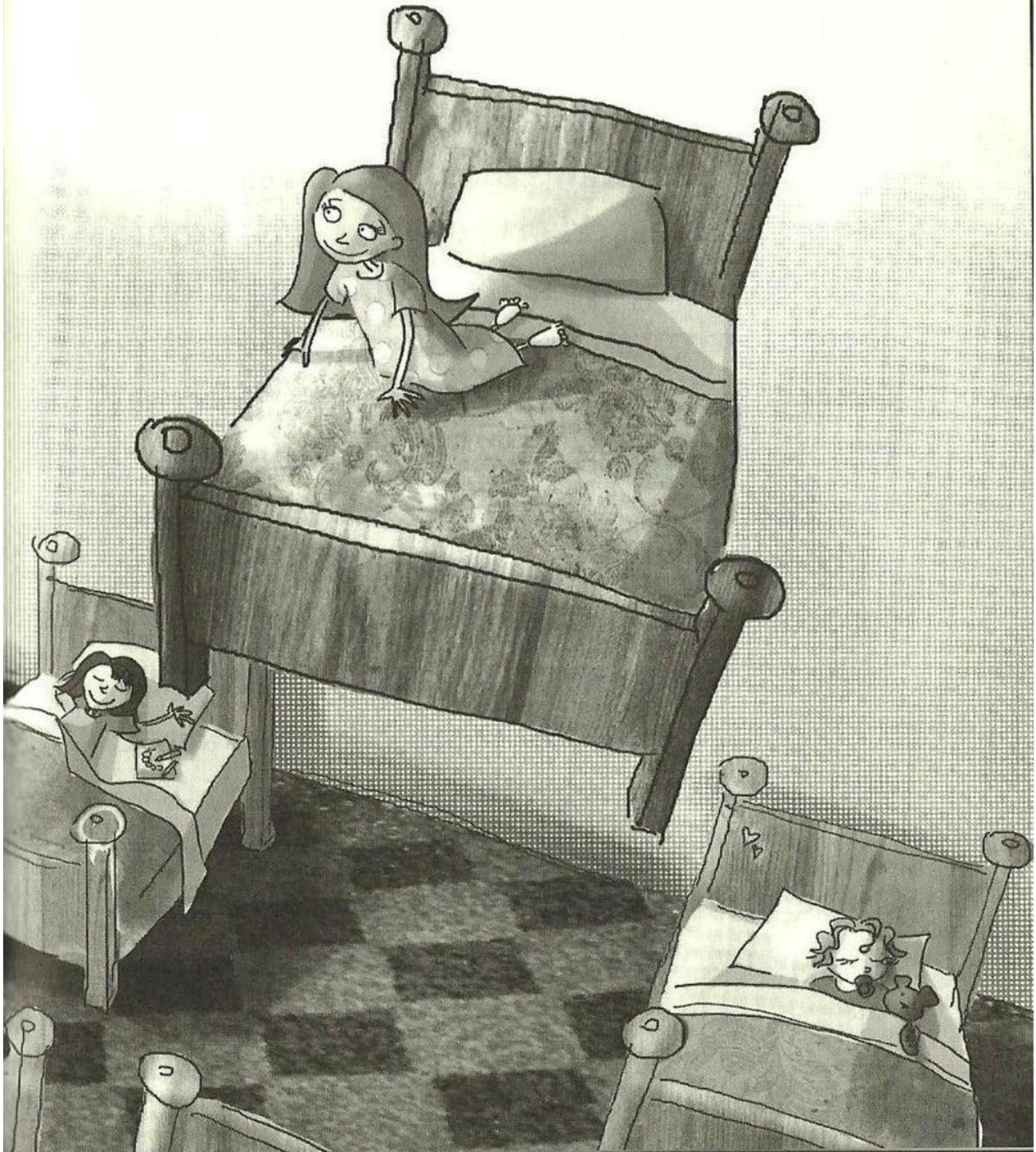
Había una vez un niño que no se llamaba Bartolo. Mejor dicho, era una niña, y aún mejor dicho, era una niña llamada Lucía. Cuando era pequeña, Lucía se sintió muy mal y sus papás la llevaron a la doctora. Ella la revisó y le hicieron exámenes. Descubrieron que tenía varias enfermedades y que debía internarse en el hospital.

A Lucy le gustaba reírse y conversar con sus amigos del sector de pediatría, que es el lugar donde cuidan a los niños que están enfermos. Algunas mañanas se sentía muy cansada y no podía levantarse de la cama, solamente quería dormir. Algunas tardes tenía fuertes dolores y ganas de llorar. Y todas, todas las noches rezaba para mejorarse y estar sana.

Aquella noche estaba indecisa. Por un lado quería sentirse sola y estar triste, pero por otro lado se acordaba de sus nuevos amigos y se ponía contenta, tanto que sonreía sin darse cuenta. Miraba por la ventana y veía la luna llena. Pensaba en Bartolo y todos los demás, pero no sabía por qué pensaba más en Bartolo que en el resto.



¿Por qué ese niño tan simpático le había preguntado si su cama también era voladora? ¿Qué podría ser lo que hacía que existiera la cama mágica de Bartolo? Lucía meditaba mirando la luna. Todos los otros niños dormían. Ella los quería mucho y deseaba que todos se mejoraran



de sus enfermedades. Algunas veces se sentían mejor y otras veces peor, pero todos y cada uno de los niños que estaban en el hospital habían tenido que soportar el dolor de sus enfermedades y de la terapia. Pensaba que eran muy valientes por resistir el sufrimiento en sus camas.

El silencio era casi total. Apenas se sentía la respiración de los niños enfermos. Lucía pensó en todas las cosas que podrían hacer si estuvieran sanos, y eran tantas que para poder hacerlas todas necesitarían un mundo más grande que el planeta Tierra. De pronto, Lucía decidió dejar de estar triste y se puso a imaginar todas las cosas que sí podía hacer, incluso estando enferma. Sonrió y se sintió aliviada, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. Se sintió liviana, tan liviana que parecía como si flotara en la sala del hospital.

—¡Qué! —exclamó Lucía y se aferró del colchón de espuma de su cama.

A pesar del grito, ningún niño se despertó. Lucía no podía creer lo que estaba sucediendo. ¡Su cama sí estaba flotando

en la sala de pediatría del hospital! Pensó que debía ser un sueño o su imaginación, o las dos cosas. Pero era cierto. La cama se paseó suavemente por encima de la camas de los otros niños. Algunos sintieron la brisa en sus caras, pero se dieron media vuelta y siguieron durmiendo. Lucía estaba tan contenta que sintió su corazón latiendo como un tambor y las lágrimas le corrieron hasta llegar a su sonrisa.

Entonces, miró hacia fuera y volvió a ver la luna llena. La cama avanzó lentamente. A medida que se acercaba, la ventana se abrió por sí sola y luego creció y creció, hasta quedar del tamaño exacto para que pudieran pasar. Lucía y su cama mágica salieron del hospital y se elevaron con suavidad. Estaba a punto de salir disparada como un fuego artificial, cuando se le ocurrió una idea diferente. Quiso frenar y su cama voladora le hizo caso de inmediato y se detuvo, quedando suspendida en el aire de la noche. Echó marcha atrás y retrocedió hasta la ventana del sector de pediatría.

—Ahora comprendo —dijo Lucía, emocionada—. Ahora entiendo por qué mi cama pudo volar. Ahora sé por qué la cama de Bartolo es mágica.



Hundidos en el barro



Aquella fue una madrugada esplendorosa. El sol salió como debía ser y sus rayos iluminaron tibiamente la cara de Bartolo. Parecía oírse una música celestial a lo lejos. El niño héroe estaba muy somnoliento. Abrió y luego apretó sus ojos varias veces para que se le despegaran. Después, se rascó la cabeza y su pelo quedó tan desordenado como siempre. Miró a su alrededor y vio al conejo Pascual cuando terminaba de apagar la fogata, tapándola con abundante tierra y piedras.

—Buenos días, Pascual —saludó con la boca un poco seca—. ¿Qué hazaña nos espera?

Bartolo no alcanzó a escuchar la respuesta, porque en ese instante Oliverio saltó encima de él, aplastándole el

estómago. Bartolo sintió que se reventaba y el aire de los pulmones se le salió hasta por las orejas.

—¿Lazaña de pera? —dijo el zorro impulsivo—. Yo pensé que íbamos a desayunar torta de cocholate con espuma de cocholate y quizás un poco más de cocholate también.

—¡Ay, Oliverio! ¡Por favor, levántate porque no puedo respirar! —suplicó Bartolo.

Sofía se rió y luego los llamó.

—Vengan los tres a tomar desayuno. Está delicioso, como recién sacado del árbol.

La niña humana tenía toda la razón. De un canasto sacó una rama en donde habían crecido vasos con jugo de naranja recién exprimido, tostadas con mantequilla e incluso platos hondos llenos de tutti frutti.

—¿Cuánto falta para que vuelva Valentín? —preguntó Bartolo con la boca llena.

Algunas migas de pan salieron volando y cayeron sobre el pelo de Sofía. El niño sintió muchísima vergüenza y se dio cuenta de que estaba perdiendo sus modales.

Tal vez el bosque lo estaba convirtiendo en un salvaje. Se sentó derecho, ayudó a Sofía a limpiarse y volvió a preguntar, ahora con la boca vacía.

—Pascual, ¿sabes en qué momento podría volver Valentín?

El conejo tomaba un tazón de chocolate humeante. Levantó las cejas para responderle a Bartolo. Pensó con una oreja arriba y la otra abajo. Después, las cambió; es decir, estiró una y encogió la otra.

—Según mis cálculos... —dijo muy concentrado—. Según mis cálculos... —volvió a repetir, mirando el horizonte—. Según mis cálculos...

—¿Qué le pasa, don conejo perplejo? ¿Se rayó el discolo? —le preguntó Oliverio, dejando en el suelo su pan con queso y mermelada de moras—. Parece que se le estancaron sus pensamientos. Haga fuerza para botar sus cálculos.

Al ver al conejo tan estupefacto, incluso Sofía y Bartolo se preocuparon.

—Pascual, ¿estás bien? —preguntó la niña.

—Según mis cálculos... ¡¡¡Ahora mismo!!! —gritó tan fuerte que Sofía, Oliverio y Bartolo dieron un salto inmenso y volaron por los aires haciendo piruetas. Antes de caer al suelo, el zorro aprovechó de terminarse sus tostadas.

Y era cierto. Corrieron hasta la entrada secreta. Del barro movedizo salían burbujas. La música que venía de la nube azul oscuro fue *in crescendo*. Las burbujas aumentaron, gorgoteando como agua hirviente, que en este caso era barro fresco del bosque.

—Ahí viene —dijo Sofía, aferrándose a Bartolo.

Con mucha lentitud, como en cámara lenta, emergió Valentín, cubierto de lodo. Parecía una escultura de puma embarrado, chorreando borbotones de tierra licuada.

—Querido Valentín —dijo Oliverio—. Estás cochino.

Los colmillos blancos del felino aparecieron en una sonrisa, detrás del embadurnado que lo cubría.

—Sí, mi buen amigo. Como dirías en tu idioma, estoy mugrientamente híper-inmundo. Je, je.

—¡Oh! —exclamó el zorro—. El poema Valentino ahora es bilítero.

Pascual intentó descifrar la oración.

—Querrás decir que el puma Valentín ahora es bilingüe porque aprendió a hablar tu lenguaje.

Oliverio se rascó detrás de la oreja.

—En realidad y en verdad, no tanto, Cuál Paz. Fue porque dije «Oh», que tiene dos letras.

El puma hizo elongaciones como un atleta, para relajar sus músculos y articulaciones. El niño héroe se acercó.

—Valentín, ¿cómo te fue? —indagó Bartolo.

El rostro del puma cambió abruptamente de sonriente a sombrío.

—No lo logré— sentenció mientras se aseaba los bigotes—. Hice todo lo que pude, usé todas mis fuerzas andinas. Intenté deshollar y desatascar la roca, pero no lo conseguí. Perdonen, amigos míos.

Un silencio gélido conmovió sus almas. Todos lo rodearon, a pesar de que todavía estaba empapado en barro, y lo abrazaron.

—Te quiero, Valentín —dijo Sofía, sollozando—. Eres el ser más valiente que he conocido.

Bartolo la miró con ternura y pensó que uno podía querer a las personas de muchas maneras diferentes.

El niño sintió una luz cálida sobre su cuerpo, y supuso que se trataba del sol de la mañana. Miró hacia arriba y se quedó estupefacto al ver que no se trataba del astro, sino del rayo sobrenatural que venía desde el interior de la nube azul y caía directo sobre ellos. La música era espléndida.

—¡Miren, miren! —gritó a todo pulmón e indicó al cielo—. ¡Es Lucía!







Los enfermos mágicos



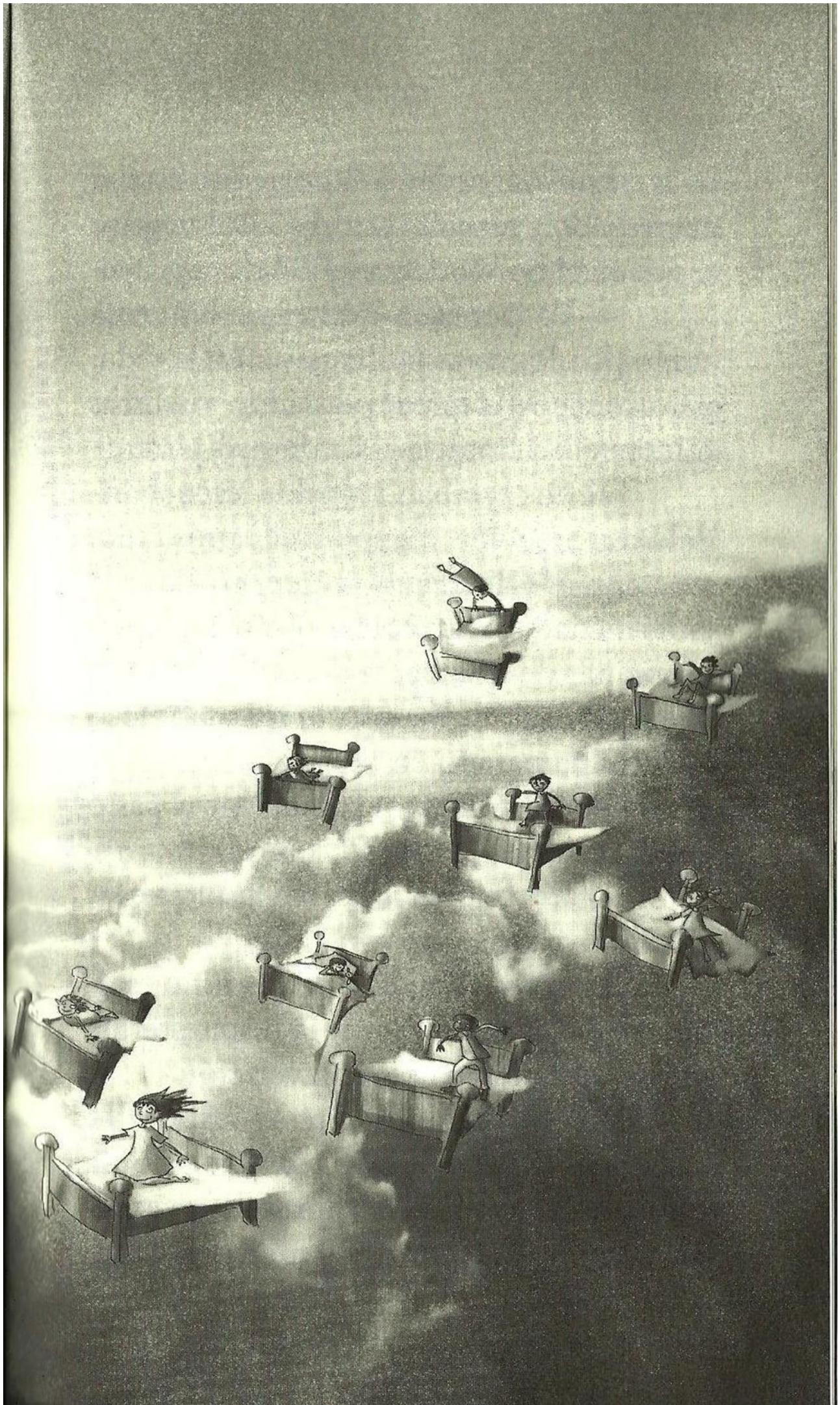
Rodeada de un halo brillante venía la niña enferma y audaz. ¡Y venía volando en su cama! Pero no era ella sola. ¡La seguían todos los niños del hospital! Se veían como una bandada de pájaros blancos, con las sábanas flameando. Se acercaban hacia ellos a toda velocidad.

—¡Lucy, Lucy! —llamó Sofía—. ¡Aquí estamos, amiga!

Lucía los identificó y lideró el grupo en el aterrizaje. El escuadrón completo descendió con cuidado. Bartolo, Sofía, Oliverio, Pascual y Valentín corrieron hacia ellos.

—¿Cómo lograron que sus camas volaran? —inquirió el niño protagonista con ansias y curiosidad máxima.





Lucía se ordenó el pelo, que estaba encrespado y revuelto por el viaje. Luego se sentó en el borde del colchón de espuma.

—Yo pensaba que estar enferma era lo peor que me podía pasar en la vida, pero anoche me quedé pensando mientras miraba el techo de la sala de pediatría.

Todos estaban callados, escuchándola con atención. Después ella prosiguió.

—Me di cuenta de que, gracias a la enfermedad, los conocí a ustedes y pude participar de su mágica aventura, usando mi imaginación. Y eso es lo más fabuloso que me ha pasado en la vida.

Bartolo dio unos pasos sobre el pasto para acercarse.

—Entonces, ¿la cama pudo volar gracias a tu imaginación?

Los animales, la niña y el niño estaban ansiosos por conocer la respuesta. La música del cielo era una revelación.

—No precisamente —respondió Lucía—. Justo cuando iba saliendo por la ventana del hospital comprendí la verdadera razón. Aceptar el sufrimiento es un

acto de amor. Ese cariño y ese esfuerzo se traspasan a nuestras camas y las llenan de esperanza. Así nos permiten volar con la fuerza de nuestras mentes.

Todos tenían sus ojos brillantes y estaban a punto de llorar. Oliverio dio un salto sobre la cama y miró directo a la sabia niña enferma.

—¿Cuac? —exclamó—. Digo, *what?*

—¿Qué? —dijo Lucy sin comprender.

—Qué, eso mismo dije —respondió el zorro—. Es que primero lo dije en idioma pato y después en salsainglesio con inglaterrestre.

—Amigos —interrumpió Valentín—. Necesito lavarme, porque el barro se está secando y casi no me puedo mover.

—¡Pobrecito! —expresó Sofía—. Un poco más y te transformas en estatua de puma.

—Sí —agregó Oliverio—. En estatura de pluma, toda la razón Alca-Chofi.

—Yo te puedo llevar hasta el océano— propuso Lucía—. Ahí te bañas y quedas impecable.

—Eres muy amable —respondió Valentín—, pero voy a dejar tu cama mojada.

—No hay problema, el colchón es de espuma y absorbe el agua.

Bartolo se puso a saltar con los brazos estirados.

—¡Viva, viva! ¡Tengo la respuesta! ¡El mundo no va a explotar como bomba atómica! —cantaba mientras hacía un baile y aleteaba por todas partes.

Los demás tuvieron que perseguirlo para que se calmara y dijese la solución que tanto lo emocionó.

—Cuéntanos, por favor —pidió Pascual.

—¡La espuma! Los colchones de espuma son muy absorbentes, ¿verdad?

—Sí —respondieron a coro, como si estuvieran en clases.

—Y tenemos muchos colchones de espuma, de cada una de las camas de los niños que vinieron con Lucía desde el hospital, ¿cierto?

—¡Sí! —volvieron a contestar, aho-

ra con sus caras iluminadas de felicidad, intuyendo lo que venía.

—Entonces —concluyó Bartolo—, cada niño vuela hasta el mar y sumerge su colchón de espuma llenándolo con agua.

—¿Y...? —preguntaron todos con desesperación y ansiedad por conocer el plan sensacional y esponjoso.

—Luego, se detienen sobre el volcán, exprimen la espuma y los chorros de agua apagan el fuego.

—¡Sí, sí, sí! —gritaron de alegría y se pusieron a saltar y bailar alrededor de los árboles, tal como lo había hecho el niño tan, pero tan creativo.

—¡De esa manera se disuelven las impurezas y las cavernas quedan despejadas! —chilló el conejo, al mismo tiempo que rebotaba sobre sus orejas, patas arriba.

—¡Pascual! —dijo Valentín—. Nunca te había visto tan, digamos, eufórico.

El aludido se dio vuelta y peinó su cola de pompón.

—Tienes razón, pero un pequeño

arrebato de vez en cuando no le viene mal a nadie.

La música del cielo sonó impaciente, instándolos a actuar de inmediato.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Sofía—. ¡Qué increíble, vamos a salvar al mundo!

—¿Ven? —dijo el zorro Oliverio—. Yo les dije que la espuma era una de las respuestas. Yo me la sabía. Un responso espumoso de cocholote.



Un baño de espuma



Así comenzó la grandiosa misión. La música que venía de aquella gloriosa nube azulada era misionera, para estar acorde al evento. Niños enfermos y sanos volaban de ida y de vuelta, hasta el océano y hacia el volcán activo.

—¿Vulcano va a erupcionar? —preguntó el zorro.

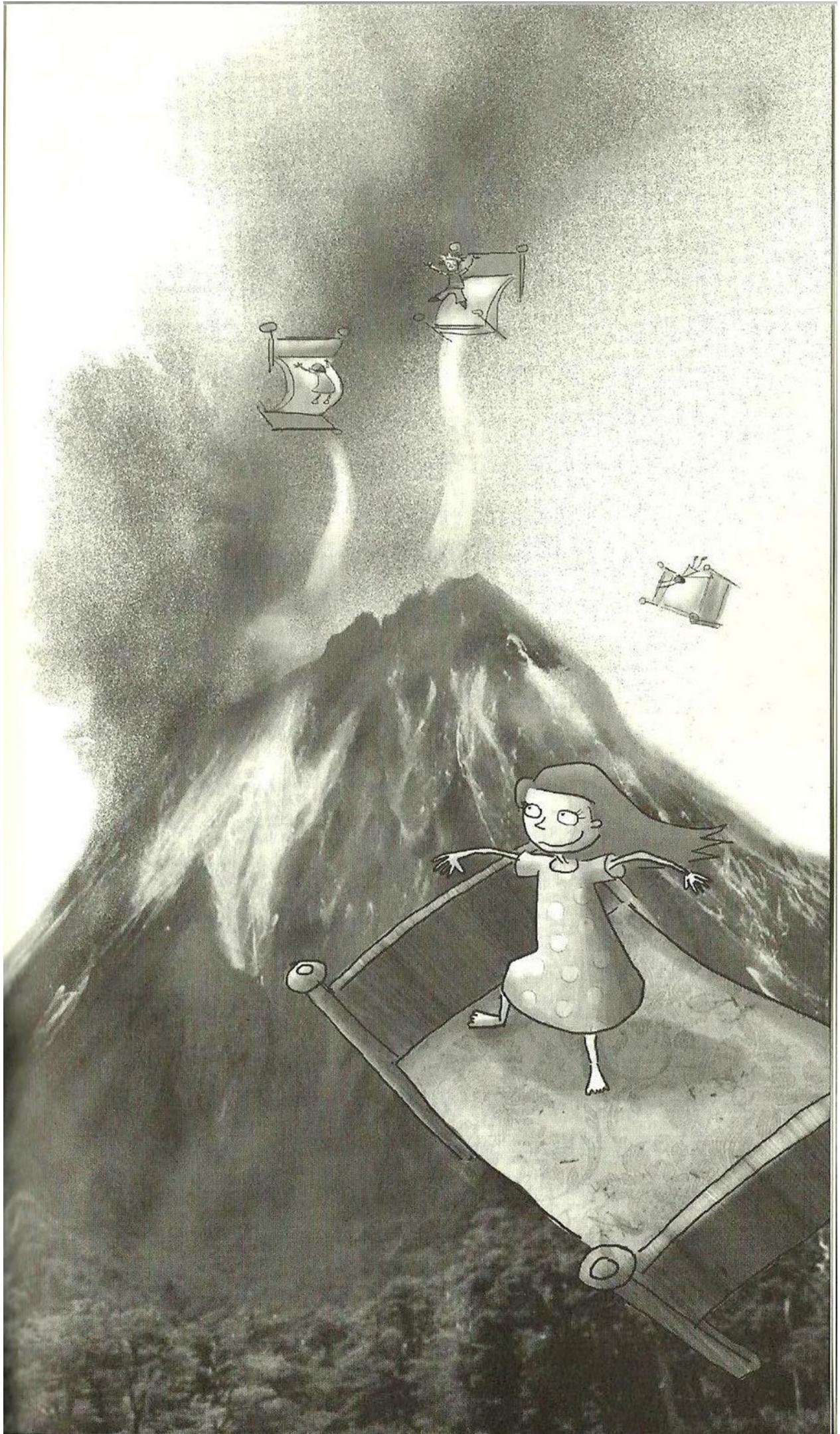
—No creo que se diga así —le respondió Valentín—. Me parece que lo correcto es decir “¿El volcán va a hacer erupción?”

Los niños con sus camas se lanzaban en clavado al mar, donde sus célebres colchones se empapaban. Regresaban lentamente, cargados como nubes de invierno, y ascendían hasta posarse sobre el cráter. Ahí estrujaban todo el agua aplastando

la espuma, torciéndola e incluso saltando sobre ella. Los animales y la niña treparon a las copas de los árboles del bosque misterioso. Desde allí dirigían la operación.

—¡Pueden avanzar por la ladera norte! —gritó Valentín.





—¡En el sector sur están desapareciendo las fumarolas! —celebró Pascual.

—¡Falta el este! —exclamó Sofía.

—¿Cómo que este? —prorrumpió Oliverio—. Seré zorro, doña Sofista, pero tengo nombre. Me llamo Olvidadero, que no es lo mismo que Hola Vero.

—Tienes razón, no me refería a ti —le explicó Sofía, afirmándose en la punta de la rama más alta de su árbol—. ¡Pero, Oliverio! ¿Qué estás haciendo ahora? No te comas los piñones de la araucaria. Hay que cocerlos primero.

Los audaces niños enfermos iban y venían, venían e iban; es decir, trabajaban mucho y se movían para todos lados. Sus camas estaban exhaustas y ellos también.

—Vamos, cama querida —le habló Bartolo a su mueble volador—. Falta poco, un esfuerzo más.

Ella se sumergió por completo y tragó todo el líquido que pudo.

“Parece que siempre me va a tocar aguantar la respiración”, pensó Bartolo,

mientras apretaba los labios y se tapaba la nariz presionando con sus dedos.

Flotaron muy lentamente, casi pegados al suelo. De hecho, al llegar a la cima, la cama avanzó caminando con sus cuatro patas y luego dio un último salto para sobrevolar el volcán y dejar caer un chorro de agua que parecía manantial.

—¡Lo volcó en el volcán! —gritó el zorro y luego repitió a su manera—: ¡lobo loco o un can!

Todos contemplaron el desenlace: Lucía, sus amigos del hospital y sus nuevos amigos también. El viento dejó de soplar en el bosque misterioso, la música del cielo cesó y el cráter se desinfló poco a poco.

—¡Estamos salvados! —gritaron.

—¡Y el planeta Tierra se salvó de ser planeta Lava! —dijo Oliverio.

Se extinguió el volcán y se esfumó el peligro. Fue una gran victoria y se sintieron más amigos que nunca. Habían resistido el miedo y habían estado dispuestos a sacrificarse por los demás. Todos se juntaron en aquel claro del oscuro bosque.

Lucy estaba acostada en su cama, rendida de cansancio. Miró a Bartolo, que destilaba. Sofía se acercó a su amigo especial.

—Vamos a saludar a Lucía —le dijo ella a él.

—¿En serio?

—Por supuesto que sí. Ella es nuestra amiga. Yo estoy feliz y le quiero dar las gracias.

Se acercaron y le dieron un fuerte abrazo. Lucía reía y lloraba al mismo tiempo. Se secó las lágrimas y les habló a todos.

—Son unos verdaderos héroes. Soy feliz y no me importa estar enferma. Dios sabe cómo hace las cosas —luego, se quedó en silencio unos momentos y observó con detención al niño protagonista—. Me queda una gran duda, Bartolo; hay algo que no logro comprender. Nuestras camas se hicieron mágicas porque nosotros aceptamos el sufrimiento con amor. Pero, ¿y la tuya? No pienses mal, pero creo que estaba equivocada con mi teoría.

Bartolo retrocedió unos pasos y se quedó quieto. Miró hacia el cielo. La nube

azul había desaparecido por completo. Luego bajó la mirada y habló casi susurrando.

—No estás equivocada, Lucía. Mi cama y yo también tenemos una historia de ese tipo... tú me entiendes; pero me pone triste recordarla. Tal vez en otra ocasión.

En ese momento levantó la cabeza y vio a sus amigos. Sonreían, callados, y les brillaban los ojos.





Agente secreto 00B



El conejo Pascual abrazó a sus hijos y a su mujer, mejor dicho, a su coneja. Estaba tan alegre de volver a verlos, que sus orejas ondulaban y su cola tiritaba de emoción. Ellos también estaban felices de verlo, lo abrazaban y hasta se le trepaban encima. La nueva casa ya estaba lista, y era incluso más linda que la anterior, aquella que había volado en mil pedazos cuando le cayó la roca incandescente encima.

Como es tradicional en Asombrilla, todo el pueblo celebraba la salvación del planeta y a nuestros héroes. Pusieron una enorme mesa en forma de círculo, para recibir a los fabulosos niños enfermos. Comieron galletas de avena y pasas, papayas confitadas y también queque de zanahorias. Fue un verdadero festín de Agustín.

Se despidieron con mucho cariño.

—Adiós, amigos —dijo Lucía—. Nosotros volvemos al hospital. Ahora seguiremos nuestro tratamiento con más energía y entusiasmo que nunca.

—Adiós, Lucy —se acercó Sofía—. Eres una niña muy valiente. Me has enseñado muchas cosas con tu ejemplo de fortaleza y generosidad.

—Gracias, Sofía —dijo la mágica niña enferma—. Y gracias a todos, nunca los olvidaré.

—Hasta pronto —dijo Pascual—, yo me quedaré acompañando a mi familia. Ellos me necesitan y a la casa le faltan las terminaciones. No creo que tome demasiado tiempo —finalizó el sabio pero iluso conejo.

—Nos veremos en la próxima aventura —sentenció Valentín—. Yo vuelvo al lago Sinfondo para ver cómo están mis amigos pumas y revisar que todas las cavernas estén en perfectas condiciones.

—¿Y tú, Oliverio? —preguntó Bartolo—. ¿Te quedas bailando en la fiesta?

—Emmm, no creo —dijo el zorro con la boca llena de torta de cocholote, mejor dicho, de cho-co-la-te—. Yo requiero ir con ustedes, a la casilla de Sofilla. Requiero tener masa ventura.

Entonces, Sofía, Bartolo y el zorro goloso retornaron volando hasta la casa de la niña. Ella les trajo una bandeja con agua mineral sin gas y palitos de apio.

—Creo que es un buen momento para hacer un resumen de toda nuestra aventura —dijo Bartolo, pensando en los que les da flojera leerse el libro completo.

Pero en ese preciso instante sonó el timbre de la casa. El zorro, la niña y el niño corrieron para ver quién era y abrieron la puerta.

—Buenas noches, al fin los encontramos.

Eran dos cocodrilos vestidos con abrigos de cuero negro. Tenían sombreros negros, guantes negros, botas negras, corbatas negras y anteojos, bueno, negros.

Bartolo, Oliverio y Sofía dieron un salto de impresión.



—¿Acaso son agentes secretos?
—preguntó Bartolo, asombrado.

Los cocodrilos se miraron de arriba abajo, examinando su vestuario.

—¿Acaso no se nota? —preguntó el reptil verde y sonrió mostrando sus 66 dientes—. Yo soy el agente 0066 y mi compañero es el agente 0067.

—Sí —dijo el otro cocodrilo—. A mí ya me salió mi primera muela del juicio.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros?
—preguntó Sofía.

—¿Que qué tienen que ver ustedes?
—exclamó el agente 0066—. ¡Que qué tienen que ver ustedes?

El cocodrilo 0067, a quien ya le había salido su primera muela del juicio, lo interrumpió, mientras se levantaba su sombrero negro para rascarse las escamas de su cabeza.

—Sí, ¿qué tienen que ver ellos?

—Ellos, es decir ustedes, también son agentes secretos.

—¡Oh! —exclamaron los tres—. Pero si ni siquiera nosotros lo sabíamos —dijo Sofía.

—¿Ven? Así de secretos son.

—¡Oh! —volvieron a exclamar los niños y el zorro.

—Sus nombres secretos son: 00S —dijo, indicando a Sofía con su garra—, 00B —acercando su mandíbula a Bartolo— y 00O —señalando a Oliverio con la puntiaguda cola.

El zorro se cruzó de brazos.

—¿Por qué a mí me retocaron solamente ceros? Para ser sincero, el cero es un poco poco y me resiento apocado.

—Agente secreto 00O —dijo el segundo cocodrilo, bajando sus anteojos negros y mirándolo con sus ojos amarillos—, el último no es un cero, sino que es la letra O de Oliverio.

—¡Ah, así sí! Es que no lo había leído bien —dijo el zorro.

—Bueno, pero por favor, pasen. Adelante, bienvenidos —dijo Sofía. —Les gustaría comer algo?

—¡Sí, espléndido! Tenemos una voracidad tropical.

Los cocodrilos estiraron sus dientu-

das fauces con apetitosa curiosidad, pero al ver el refrigerio de apios y agua que la niña les ofrecía, sus sonrisas desaparecieron y se miraron entre sí, para comprobar la decepción del otro.

—Eh, gracias... pero no tenemos tiempo —dijo el primer cocodrilo—. Hay un problema gigantesco que resolver, pero es secreto y se los diremos cuando lleguemos a la zona secreta. Es todo muy secreto, como se darán cuenta.

—¿Otra vez nos vamos a quedar sin saber lo que sigue? —preguntó Bartolo.

—Es cierto, pero será para otra vez, agente 00B. A los agentes secretos nos gusta el suspenso y también los puntos suspensivos...

Sofía dejó la bandeja a un lado y luego preguntó:

—¿Debemos hacer un viaje?

—Exactamente, agente 00S, debemos viajar muy lejos —dijo uno de los dos cocodrilos, que no se sabía cuál era porque se parecían mucho.

—¿Hasta la gordillera? — indagó Oliverio.

—Más lejos —respondió cualquiera de los cocodrilos.

—¿A otro país? —preguntó Bartolo. Entonces, hubo un silencio asombroso.

—Nosotros somos de otro país —dijo el cocodrilo—, pero el problema es de otro mundo.



Índice



| | |
|-------------------------------------|----|
| Había muchas veces | 9 |
| El misterio de la cama mágica | 11 |
| Interrupción volcánica..... | 15 |
| El hospital de Lucía..... | 31 |
| La velocidad del rayo..... | 43 |
| Viaje al centro del volcán | 49 |
| Soñar es poder..... | 59 |
| Hundidos en el barro | 65 |
| Los enfermos mágicos | 73 |
| Un baño de espuma | 81 |
| Agente secreto 00B..... | 89 |

VERÓNICA LAYMUNS

Nació en Santiago de Chile en 1979. Es licenciada en Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora de educación media con mención en Artes Plásticas.

Actualmente se dedica a la pintura, a la ilustración y al diseño gráfico. Es la directora de Arte de www.habiaotravez.com, sitio de los cuentos para niños de Mauricio Paredes, su marido. Junto a él publicó en Alfaguara Infantil *El festín de Agustín* (2006). En Alfaguara Juvenil ilustró *Perverso* (2008).

www.laymuns.com

MAURICIO PAREDES

Nació en Santiago de Chile el viernes 3 de noviembre de 1972. Cuando niño le gustaba jugar, leer, reírse, dibujar, escribir, conversar, cantar y comer chocolate; de grande también. En la universidad estudió ingeniería eléctrica, pero después se le pelaron los cables e hizo cortocircuito; entonces decidió ser escritor.

A él le gusta que lo aplaudan, por eso ha hecho muchísimas presentaciones en diferentes pueblos, ciudades y países en las que se divierte junto a los niños, papás y profesores, conversan acerca de sus libros y de cómo disfrutar, cada día más, con la lectura. Su sueño es inventar libros toda su vida y que a una calle le pongan su nombre.

En Alfaguara ha publicado: *La cama mágica de Bartolo* (2002), *Los sueños mágicos de Bartolo* (2006), *¡Ay, cuánto me quiero!* (2003), *Verónica la niña biónica* (2005) y *Cómo domesticar a tus papás* (2009). Junto a Verónica Laymuns hizo *El festín de Agustín* (2006). También escribió un libro de miedo para grandes, llamado *Perverso*.

www.mauricioparedes.com

DESDE **8** AÑOS

Bartolo y los enfermos mágicos

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns

Bartolo y su cama mágica viven grandes aventuras. Pero aún hay una pregunta sin responder: ¿Por qué la cama puede volar? Para descifrar este misterio necesitará de la ayuda de un osado puma, de un conejo sabio, de un zorro disléxico y de Sofía, su amiga del alma. Juntos conocerán a los enfermos mágicos y de paso salvarán al mundo de un desastre volcánico.



www.mauricioparedes.com

ALFAGUARA

INFANTIL

